



# Foley

ALDO ROSALES VELÁZQUEZ

MENCIÓN  
HONORÍFICA  
CERTAMEN LITERARIO **2018**  
Laura Méndez de Cuenca













Foley



Aldo Rosales Velázquez obtuvo la mención honorífica de cuento en el Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Mónica Lavín, Alberto Chimal y Anamari Gomís.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

ALDO ROSALES VELÁZQUEZ

Foley



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Foley*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Aldo Rosales Velázquez

ISBN: 978-607-490-310-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/16/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Para mi madre, el corazón donde puedo  
conocer la verdad*

*Es posible crear un mundo mejor, más limpio,  
más comprensible, sobre este que nos heredaron.  
Para quienes trabajan por ello, este libro*



Listen, you will have to guess what's this.

WIM WENDERS, *Lisbon story*



## ¿Por qué estamos hablando del perro?

Si yo quisiera conocer la verdad  
pondría la mano sobre el corazón de una niña.  
O sobre el corazón de un perro.

MIGUEL GUARDIA  
“Para amar a los perros”

—Pero párate, no seas así.

Patricia me mira desde la parte más alta a la que la llevan sus tacones de fiesta y después me tiende la mano. Detrás de ella, con la mirada puesta en la televisión, y una cerveza en la mano, Germán, su esposo, voltea a vernos y encoge los hombros, luego sigue viendo el partido.

No están casados, pero son esposos. Eso se siente, se sabe: hay parejas que se casan apenas se dan la mano por primera vez, otras que aun con años y años de matrimonio encima nunca dejan de ser algo más que novios de universidad. Y ellos se casaron en cuanto se conocieron en la carrera. Tan simple como eso.



Patricia quiere que baile porque dice que la danza es lo único que nos queda de aquellos años en que nos reuníamos a bailar alrededor de una fogata (¿quiénes?, me pregunto) y adorábamos a la naturaleza como el único y verdadero Dios. Y que quien no baila es porque no sabe hacer el amor. Ella siempre dice cosas así, lo hace con tal convicción que pareciera estar citando algún libro de historia.

—Sólo esta canción, antes de que cambien la música.

Miro por encima de ella y centro los ojos en la mirada de Germán, como preguntándole si está de acuerdo. Vuelve a encoger los hombros y eso indica que para él cualquier opción es la correcta, que no le importa gran cosa bailar conmigo o con quien fuera.

Patricia dona a la caridad la ropa que ya no usa, dice que sí al recambio y está suscrita al programa de donadores de Greenpeace, además está a favor de cualquier forma de ayuda que no involucre nada más que buena voluntad y un par de firmas. Es la clase de persona que lleva su auto a revisión cada seis meses o cincuenta mil kilómetros, lo que ocurra primero. Lo mismo con su alma, su conciencia: la limpia cada cierto tiempo, la aceita con pequeños donativos aquí y allá, con llamadas a las amigas a quienes nota tristes en el trabajo o caricias a los perros que se encuentran sin hogar. A veces, como ahora, con convencer a su hermana de salir y luego ofrecerle a su marido para bailar.

—Sólo esta canción, no seas así.

Germán me tiende la mano con la que no sostiene la cerveza y da un paso hacia mí. Me siento juzgada, como si trataran de ver algo que se imaginan, pero no se atreven a preguntarme, y tomo la mano de Germán. Su apretón es firme, sus manos son duras y las uñas siempre están limpias y brillantes. Los imagino juntos, a ella y él, en la manicura.

Comenzamos a bailar y aunque al principio nos cuesta trabajo (porque estoy acostumbrada a llevar el ritmo, como dicen que corresponde a los hombres), nos acoplamos.

—¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, un poco mejor.

—Sabes que estamos contigo para lo que sea.

Le digo gracias y reímos cuando jalo su mano para indicarle que demos una vuelta. Patricia nos mira desde el sillón, come un poco de la fruta que alguien colocó en la mesa de centro y después revisa su celular. Cruza las piernas, bebe agua de su vaso y luego vuelve a revisar el teléfono. Debajo del aroma de Germán, que es fresco y penetrante, adivino el aroma de Patricia, y sé que hicieron el amor antes de llegar aquí.

—¿Y ustedes? —pregunto cuando termina la pieza y nos separamos.

—Bien, ya sabes —su tono es plano, como si le hubiera preguntado si el sol va a salir mañana o si la lluvia es inevitable.

Hay algo sobre Patricia: cada uno de los actos de bondad que tiene para con los demás, si bien sinceros, tienen un uso ulterior. Cuando dona, deduce impuestos; la ropa que regala es la que ha pasado de moda o no le queda ya (sube y baja de peso con una facilidad que asusta) y cada que acaricia a un perro es frente a los demás. Y esto, el pedirme que bailara con su esposo, si bien lo hizo de corazón (como si Germán fuera una especie de terapeuta que cura con el baile), lo usó también para cerciorarse de lo mucho que él la ama; una especie de prueba, como frenar de pronto el auto que recién te han reparado. Pero no hay maldad en sus actos, apenas inmadurez.

—Cualquier cosa que necesites —insiste Germán antes de reunirse con Patricia, cuando termina la canción—, no dudes en llamarme.

Me asusta un poco que lo haya dicho en singular, aunque después creo que lo hace por conservar un poco de individualidad: parece estar en esa edad en que los hombres casados necesitan saber que aún son lo primero y no sólo lo segundo.

Pienso en Graciela, un poco nada más, y de inmediato llevo la mente a cualquier otro lado. Quizá sea por eso que bailo como hombre: cuando trataba de enseñarle a bailar, yo llevaba la pieza. A veces imagino que un día volverá a bailar subida en mis zapatos, como cuando tenía tres años.

Se apaga la música y esos segundos que transcurren entre una pieza y otra se estiran, casi insoportables. Patricia se levanta, me pregunta si recuerdo cuando bailábamos con papá, en las fiestas de fin de año, y sin siquiera esperar la respuesta se disculpa para ir al baño.

—Siéntate con Germán mientras vuelvo —me pide, y la obedezco, aunque no sé bien por qué: me irrita seguirle los juegos.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Germán formula la pregunta con la mirada en la televisión, pero su mano en mi rodilla, como si quisiera quitarle solemnidad al momento, pero se asegurara de dar a entender que escuchará con atención lo que responda.

—¿Patricia te dijo algo?

Aprieta un poco mi rodilla y luego, con lentitud, voltea a verme.

—No hablo con Patricia de esas cosas. Te lo pregunto porque me interesa. Ya pasaron dos años. Hoy exactamente.

Me sorprende que recuerde con precisión la fecha, aunque el gesto me parece acogedor y valioso, más lo segundo que lo primero.

—Son cosas con las que no se puede lidiar bien del todo. Ya sabes, un día amaneces bien y cuando llega la tarde estás deshecha. O al contrario, los días empiezan nublados, en todo sentido, y al final todo parece estar bien. Como si la noche trajera calma.

—Me alegro —contesta maquinalmente, como si no hubiera escuchado una sola palabra de lo que dije, después retira la mano de mi pierna.

Nos quedamos en silencio y la música reinicia. No lo había notado, pero ya casi todos se han ido. Casi nadie se despide de nosotros, algunos se limitan a agitar la mano antes de salir. Me parece extraño, y cuando estoy a punto de preguntarme si se habrán enterado de lo que pasó, recuerdo que Patricia ya estaba aquí cuando llegué. Eso parece explicarlo todo.

La situación es ésta: Salvador tiene la custodia completa de Graciela desde hace seis meses. Es tan sencillo como eso. Bueno, ése es el tronco de la historia, aunque las ramas contienen los detalles que podrían explicar más. A decir verdad, eso, el asunto de la custodia, es sólo el resultado de todo lo demás: el robo del auto, las cartas llenas de amenazas, los exámenes toxicológicos. Ah, y el asunto del perro, que, según sé, está completamente recuperado y apenas renguea un poco después de mucha actividad. Pero ese tipo de atenuantes (que el perro haya vuelto a caminar, que yo ya no beba ni mucho ni poco, que las cartas hayan cesado) parecieron no importarle al juez que llevó el caso y ahora Graciela vive con Salvador siete de siete días de la semana; hablo con ella por teléfono los lunes y los viernes. A veces, antes de despedirme, hago la voz del Vampiro Piro, de sus favoritas (también de las mías) y aunque no ríe, sé que le agrada el gesto. Durante la grabación de esa película, siempre pensé en

ella. Y muchas de las frases que otorgué al personaje (muchas) las tomé de Graciela.

—Yo también hubiera atropellado al perro —me asegura al oído Germán, luego se levanta del sillón para dejar sentar a Patricia, que nos pregunta de qué hablamos.

Me sonrío desde arriba, como el tío que permite una travesura a los sobrinos cada vez que los visita. Trato de hacer lo mismo, pero lo que a él le parece gracioso a mí me recuerda que, gracias a mis acciones, la casa está sola cada que vuelvo de algún lado.

—¿Qué? ¿De qué hablan? —Patricia voltea a vernos, curiosa—. ¿Le dijiste?, ¿le dijiste sin mí? Quedamos de preguntárselo juntos.

El rostro de Germán cambia de expresión y parece sentirse incómodo. Sonrío, o al menos lo intento, como para orillarlos a decirme que me están haciendo una broma, pero ellos siguen en un juego de *ping-pong* con las miradas.

—Sí, ya me dijo —aventuro, luego me estiro hasta alcanzar la charola con fruta—, apenas de eso estábamos hablando cuando llegaste.

Muerdo un trozo de sandía y volteo a mirarlos a ambos, uno por uno, y después cruzo las piernas como si supiera que lo que me dirán los pone en mi poder de una forma que aún no podemos imaginar ninguno de los tres. Comienza a gustarme el tono que adquieren las cosas; una broma bien pensada, vieja, aunque bien pensada.

—¿Y qué piensas? —me pregunta Patricia, luego de cerciorarse de que no hay nadie alrededor o que nadie nos presta suficiente atención.

—Que está bien, podemos hacerlo.

Germán posa los ojos en mí, incrédulo, y luego mira a Patricia. Se observan, parecen satisfechos y hasta un poco aliviados, como si

creyeran que tardarían más en convencerme, si es que acaso lo hacían. Parecen olvidar, por un momento, que no me han dicho nada de lo que tienen planeado y que desconozco por qué hablan como si conspiraran; además, lucen como si se les olvidara que estamos en medio de una broma. O eso me parece.

—No le he dicho nada —recula Germán, y parece volver de un letargo al que nunca supo que entró.

Patricia me mira, inquisidora, y comienzo a reír.

—No me ha dicho nada, ¿verdad que no me has dicho nada?

Germán, al verse interrogado, calla. Patricia parece confundida, un poco enojada.

—¿O sea que sí hay algo que decir? —agrego.

Se miran de nuevo, encogen un poco los hombros y parecen decirse con una ligera inclinación de la cabeza (ella hacia la izquierda, él a la derecha) que el hielo está roto y que tal vez no se presente mejor situación para hablarlo.

—¿Vas para tu casa? ¿Podemos llevarte?

Patricia habla con el tono que usa cuando habla del calentamiento global y de las miles de especies en peligro de extinción a causa de los derrames de petróleo en altamar: preocupación y compasión en dosis iguales, como una bebida que ella se hubiera inventado.

—Sí, eso iba a pedirles, que me acercaran a la casa, si no les importaba. Más tarde, claro: no creí que nos iríamos tan temprano.

—No, no —interrumpe Germán—, a la hora que tú nos digas nos vamos. Sin prisa.

El ambiente parece haber cambiado de repente y ahora me tratan como a un niño que se acaba de raspar las rodillas o a quien van a vacunar. Me miran atentos, acaso compasivos, y pienso que si les

pidiera algo, lo que sea, lo cumplirían por más ridículo o peligroso que fuera, con tal de consentirme.

—¿Pasa algo? ¿Todo bien?

Me siento encerrada y algo que parece preocupación crece en mi pecho. ¿Saben algo que yo no sé? ¿No es así como tratan a las personas que están a punto de recibir una noticia de la que ya nadie se levanta? Espero que no me pidan que me calme, porque cuando a alguien le piden eso es señal de que no podrá estar calmada luego de recibir la noticia.

—¿Graciela está bien? ¿Salvador les dijo algo?

—¿Salvador? —Patricia parece confundida—, ¿qué tiene que ver Salvador en esto?

—No, tranquila —ahí están las palabras que nadie quiere escuchar, en boca de Germán—, no tiene nada que ver con tu hija. Ni siquiera sabemos nada de ella, nada más lo que tú nos cuentas.

—¿Por qué Salvador? —insiste Patricia y cuando parece querer agregar algo, la mirada de Germán la hace callar.

—¿Entonces? —ya no estoy preocupada, sólo molesta—. Miren, si es una broma, de una vez les digo que no me gusta. Ya, se acabó.

—No podríamos bromear con una cosa así —Patricia suena triste, casi al borde del llanto, y parece no recordar que nadie me ha dicho nada de lo que pensaban decirme—. ¿Crees que te haría una broma con algo así?

Antes de que pueda decir algo, Germán me invita a que nos vayamos. Acordamos que es lo mejor y pregunto si sigue en pie la oferta de llevarme a mi casa.

—En el camino te platicamos bien.

Salimos luego de despedirnos del anfitrión, un amigo de los tres, que toda la noche se la pasó rellenando los platonos de fruta y los vasos. Guardamos silencio de camino al auto, ellos van detrás de mí, como si me condujeran a la cámara de gases, pienso, y cuando se los hago saber, luego de reírme por la ocurrencia, parecen más preocupados que antes. Germán me abre la puerta delantera del auto y luego abre la de atrás para Patricia. Los primeros minutos permanecemos en silencio, pareciera que se nos olvidaron las palabras en el perchero junto a la entrada.

—¿Cuánto tiene que no ves a Graciela? —me pregunta Patricia, y aunque trato, no logro verla a través del espejo retrovisor.

—Desde que se fue con Salvador. ¿Por qué?, ¿supiste algo de ella?

—Que no, Amparo, que no. Te digo que esto no tiene nada que ver con ella, ni con Salvador, ni contigo.

—Bueno —interviene Germán—, contigo sí, un poco. Bueno, si decides que puedes o quieres ayudarnos. En serio, puedes decir que no. Oye, por cierto, escuché tu trabajo en la última película; hasta que Patricia me dijo que eras tú, no podía creerlo.

Germán habla del último doblaje que realicé: la voz de Chigüi, un capibara gordo, peludo y color miel, protagonista de una película infantil que aún sigue en cartelera. Bueno, por lo menos mi hermana aún ve las películas donde he prestado mi voz.

—No puedo saber si no me lo dicen, ¿qué quieren? —la cara de Patricia se dibuja, por un instante, en el retrovisor, y desaparece con la misma rapidez. Repito la pregunta, pero ella permanece callada, cediéndole la palabra a Germán, quien prende las intermitentes y luego se estaciona en el acotamiento.



—¿Qué sentiste cuando atropellaste al perro de Salvador? —la voz de Germán parece otra así, con ese tono; me recuerda al terapeuta que tuve que ver después de todo aquello.

—¿Qué tiene que ver todo eso? —estamos a mitad de la autopista, y no se puede ver nada a través de los cristales.

—No, sólo quería saber. No tiene nada que ver con lo que te vamos a preguntar, pero quiero saberlo. Si quieres decírmelo, claro.

Pienso en aquel día, escarbo entre los recuerdos, como quien busca un juguete de la infancia en las cajas que nunca desempacó. Nada, no encuentro sensación alguna, sólo el chillido del animal y el ligero movimiento del carro al pasar por encima del cuerpo.

—Dile, Germán —interviene Patricia, un poco molesta.

—Mi primo trabaja en los juzgados. Creo que lo conoces: Omar. Alto, se peina para atrás, sesea un poco... bueno. Trabaja en los juzgados, conoce a todo mundo ahí.

—¿Eso qué tiene que ver con lo del perro?

—Olvidate del perro, Amparo, no tiene nada que ver.

—¿Entonces por qué estamos hablando del perro?

—¡Nadie está hablando del perro! Germán, déjate de estupideces y dile lo que íbamos a decirle, nada más eso.

—Bueno, le hablé a mi primo de tu situación, ya sabes, de lo que nos has contado. De Salvador, de Graciela y lo de la custodia.

—¿También del perro?

—Y otra vez el perro —Patricia suena cansada, furiosa—, otra vez el dichoso perro. Pero bueno, ya que hablamos de eso, estuvo muy mal lo que le hiciste, Amparo. Muy mal.

—Nunca dije que estuviera bien —comienzan a llegar los recuerdos de aquel día, pero no digo nada.

—También del perro, Amparo. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que le comenté de tu caso y dice que puede hacer que te regresen la custodia, o que al menos sea compartida. Así, por lo menos.

Me llegan más recuerdos de aquel día, la cara de Graciela llena de lágrimas al ver que la mascota de sus abuelos paternos chillaba en el piso y le salía sangre por el hocico.

—¿Qué opinas? Está bien, ¿no?

—Pero claro que está bien, sí, claro. Dile que lo haga, que le dará lo que me pida. Lo que sea, pero que lo haga ya.

—Y eso es lo que Germán te quiere decir.

—Lo que te queremos decir —corrige Germán.

—Me pueden ayudar, pero quieren que yo los ayude también. ¿O no?

Callan, en su silencio parece haber alivio, una discusión sin palabras en la que se dicen “¿ya ves? No era para tanto, iba a terminar aceptando”.

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Algo con tu primo? Es eso, es algo con tu primo y por eso no querían decirme. Bueno, sí, por qué no. Dile que sí.

—No tiene que ver con mi primo —dejan escapar una risita socarrona al mismo tiempo; parecen más relajados y yo también lo estoy.

—Bueno, ¿a quién hay que matar? —bromeo, y la risita se les corta de repente.

—¿Matarías a alguien, Amparo? —Patricia suena preocupada, aunque creo percibir temor y asco en su entonación. Sólo le falta decir “no es así como nos educaron”.

—Bueno, no sé si matar, pero...

—No me digas, no quiero escuchar —me interrumpe; estoy segura de que recordó el incidente del perro—. Germán, termina de decirle.

Germán se inclina un poco hacia mí y abre la guantera. La luz ilumina un bloc de notas amarillo, del tipo que usan en las oficinas; luego de hojearlo un poco, me lo extiende.

—¿Y esto?

—Léelo —me dice al tiempo que se revuelve en el asiento para sacar el celular de la bolsa, luego enciende la luz interior del auto—, por encima nada más.

Volteo para ver a Patricia, para comprobar, por última vez, si aquello no es una broma, pero su cara está seria, larga, y en el fondo de sus ojos hay una mirada que parece no corresponder con lo que creo saber de ella. Leo la primera hoja, de principio a fin, y cuando voy a comenzar la segunda, Germán me recuerda que sólo basta una hojeada.

—¿Y qué es lo que hay que hacer con esto? —recorro las páginas del bloc, muy por encima, pero no entiendo nada.

—Leerlo, leerlo en voz alta. Pero —agrega cuando nota que voy a decir algo— no tú. No con tu voz, vaya.

Espero a que Germán diga algo más, pero se queda con la vista al frente, los ojos nadando en la oscuridad de la autopista, luego saca una grabadora que estaba debajo del asiento y la pone entre nosotros tres.

“Mamá, no te había llamado, pero ya llegamos. ¿Tú cómo estás? Me acordé de...”.

Eso es todo, cuando la muchacha (es una muchacha) va a decir algo más, Germán detiene la grabación. Él y Patricia me miran, siento que debo decir algo, pero no sé qué.

—¿Y entonces? ¿La tienes?

—¿Tengo qué?

—¿Cómo qué? —interrumpe Patricia—, la voz, Amparo. ¿Crees poder hacerla?

—¿En serio no es una broma?

—¿Te parece broma lo de Graciela? —el tono de Germán es como el de los extorsionadores—. No es broma, tampoco nada de lo que te puedas estar imaginando.

—¿Cómo sabes qué me estoy imaginando?

—No es nada ilegal, si es lo que quieres decir. Ni ilegal, ni enfermo, ni nada. Sólo tienes que llegar a tu casa, quedarte despierta hasta las tres de la madrugada y llamar al número que te voy a dar. Sólo eso. Pero ¿y la voz?

Vuelvo a mirarlos a ambos, después le indico a Germán que vuelva a reproducir la grabación y levanto la mano para pedir silencio. Después de oírla dos veces, cierro los ojos.

—Mamá, no te había llamado, pero ya llegamos. ¿Tú cómo estás? Me acordé de...

Volteo para mirarlos y ellos se sonríen, complacidos.

—Tengo que prepararme un poco más, aquí hace frío y...

—No, no, así está perfecto —asegura satisfecho Germán, y arquea las cejas al mirar a Patricia. Ella sonrío y asiente, como expresando “¿ves? Te lo dije”.

—¿Y después?

—Después te regresan la custodia de Graciela y nos olvidamos de que esto pasó.

—O la custodia compartida al menos —interviene Patricia, asegurándose de no prometer nada que no pueda cumplirse.

Nos quedamos callados. Pienso en Graciela, en cómo bailaba sobre mis zapatos, en cómo pintamos una vez, hace años ya, animales con forma de mano. Digo que acepto y Germán comienza a escribir en su teléfono, espera unos segundos y me muestra la pantalla, donde alguien de nombre Omar dice que el lunes entrante comenzará a mover lo de la custodia con el juez.

—Está bien, ¿cuándo tengo que hacer la llamada?

—Hoy mismo.

Arrancamos y las luces del auto van arando la oscuridad de la autopista. Sin preguntar si puedo, enciendo la luz interior y comienzo a leer el resto de las páginas. Nada ahí parece sospechoso o similar a los diálogos que comúnmente se usan en los secuestros o las extorsiones: son, más que nada, frases comunes, las respuestas que se puede uno imaginar a preguntas triviales, hechas por alguien muy cercano. Lo único raro, quizá, es una parte donde se mencionan una boda y un perro, aunque no entiendo bien de qué se trata. Quizá esto sea como las claves de guerra, que cobran sentido hasta que se tiene la otra mitad.

Germán y Patricia charlan como si nada, me parece que se han liberado de un peso que ni ellos mismos calculaban. El resto del camino me abstengo de hablar, pienso en las frases del cuaderno y cómo algunas me recuerdan a lo que hablábamos Graciela y yo. Todo lo que está escrito en las páginas parece haber sido sacado de mis pensamientos, aunque nada indica que quien lo escribió beba

como yo, ni que esas mujeres hayan estado separadas más de dos semanas alguna vez.

Al llegar a mi casa, Germán se detiene y me repite de nuevo las instrucciones. Me arrebató de forma un tanto grosera el cuaderno y anota el número en la primera página.

—La llamada tiene que ser hoy —me dice en cuanto bajo.

Mientras abro la puerta, me parece un buen enfoque tratar esto como si fuera un papel. No seré yo quien llame, sino alguien más; Gabriela, digamos, el único nombre que aparece en las páginas del cuadernillo.

Mientras espero a que den las tres, llamo a casa de Salvador, esperando, inútilmente, que sea Graciela quien levante el auricular. Cuelgo cuando él contesta. De cualquier forma, aunque hubiera contestado Graciela, no iba a decir nada: estoy guardando aquella voz en la garganta, no quiero contaminarla con la mía, quienquiera que vaya a estar del otro lado podría darse cuenta y entonces todo se iría al caño.

Paso las dos siguientes horas mirando las fotografías de Graciela. Las guardo, junto con la orden del juez y los citatorios, en la caja blanca donde venían los zapatos que usaba cuando dio sus primeros pasos. Además, conservo su ombligo, envuelto en gasas.

Cuando faltan diez minutos para las tres, me levanto a servirme un vaso de agua, luego regreso a la sala y comienzo a vocalizar. A Graciela le daba risa que hiciera esos ejercicios y a veces me imitaba. Me pregunto qué habría dicho alguien si nos hubiera visto pero no pudiera escucharnos, qué habría imaginado de vernos ahí, cada una en un extremo del sillón, haciendo gestos exagerados para decir “A”, “O”, “I”; me gusta pensar que nos veíamos

graciosas. Luego venían los ejercicios de pronunciación: “Monumental moña mostraba la momia”. “El mismo sumamente melancólico murmuraba matrimonio”.

Graciela trataba de hacerlo, pero se lo impedía la risa provocada por imaginar a una momia con moños (eso me dijo que se imaginaba). Es el ejercicio que más tengo grabado, no sé si porque me lleva al recuerdo de la risa de Graciela o porque habla de un matrimonio y la melancolía. Ahora me resulta imposible visualizarlo, pero juro que en algún tiempo fuimos felices, lo juro. Los tres.

Faltan dos minutos para que llegue la hora. Tomo el teléfono, me acomodo en el sillón y luego me levanto, después me vuelvo a sentar y termino por levantarme otra vez. Después me siento. Estoy nerviosa, tengo miedo de sacar alguna otra voz y echar todo esto a perder. Me calmo, respiro hondo y repito la frase que dije en el carro, dos veces, tres veces, hasta que reconozco el timbre. Quito todo de la mesa de centro, arrojo las cosas al suelo y coloco sobre el cristal el bloc de notas que me dio Germán. El reloj de la sala indica las tres. Marco.

—¿Bueno?

—¿Mamá? Hola, soy yo. No te había llamado porque...

—Gabriela, ¿eres tú?

—Sí, mamá, soy yo.

Me detengo y pienso: ¿qué estoy haciendo? ¿Quién estará del otro lado, donde se oye música al fondo? Es una mujer, y comienza a llorar mientras trato de continuar con lo que el bloc indica que diga.

—No te había llamado... no te había llamado porque...

—No importa que no hayas llamado, lo importante es que lo estás haciendo. Ya quiero ver la cara que van a poner cuando les diga que me llamaste.

—¿Cómo estás? ¿Recibiste el correo que te mandé?

—Fíjate, y me decían que estaba loca por quedarme despierta diario, estos tres meses, hasta las tres de la mañana.

La mujer no coopera, no dice nada de lo que el bloc indica que pudiera decir; desvaría. La música del fondo ha cambiado, ahora es algo que parece una tonada infantil.

—Mamá —trato de regresarla al guion—, ¿recibiste el correo que te mandé? ¿Sí sabes de qué te hablo?

—No van a creer cuando les diga. Pero, oye, ¿por qué no me habías llamado? ¿Salvador te dijo que no?

Dejo de hablar cuando escucho el nombre, pienso que esto es una broma de Germán y Patricia. ¿Acaso estoy llamando a la abuela de mi hija, a la madre de con quien estuve casada quince años? No, no puede ser, hubiera reconocido la voz, y no pudieron haber conseguido el número. Además, ¿qué ganarían ellos? Debe ser una coincidencia.

—¿Fue él? Puedes decirme.

Busco en las hojas del bloc; nada: ningún Salvador. Sólo queda improvisar.

—Perdón, mamá, debí haberte llamado, esto no tiene que ver con nadie. En serio.

La mujer llora, puedo sentirlo más que escucharlo. Balbucea frases que no tienen ningún sentido; lo único que puedo descifrar, de vez en cuando, es que repite que nadie le va a creer y que valió la pena estar despierta hasta las tres todos los días. Algo más: parece haber bebido. A lo lejos, cuando la música baja, creo escuchar ladridos de un perro pequeño.



—Sólo dime esto —su voz, de pronto, cobra claridad y fuerza—: ¿ya me perdonaste?

Al final del bloc, encerrado muchas veces, como si la palabra fuera tan importante que les diera miedo que pudiera escapar, está la respuesta a esta pregunta, en mayúsculas. ¿Qué tiene que ver esta mujer con Germán y Patricia, me pregunto, que saben hasta lo que va a decir? Y aunque la respuesta son dos sencillas letras, una “N” y una “O” (imagino a Graciela exagerando los gestos al pronunciarlas), meto aire a los pulmones antes de responder.

—Ni siquiera tendrías que preguntarlo, mamá; ¿de qué te podría perdonar yo?

No contesta cuando le digo que tengo que colgar, que no sé si vuelva a llamarla, pero eso parece no preocuparle, creo que ya escuchó lo que necesitaba y parece que eso era todo lo que podía esperar de la vida. Nuestras respiraciones parecen sincronizarse, de alguna forma me siento en paz con ella y estoy segura de que un sentimiento igual reposa en la habitación del otro lado de la línea. Colgamos al mismo tiempo. Quiero llorar, pero no puedo, algo me hace presión a la mitad del pecho. Miro el teléfono y pienso en volver a hablarle, decirle que me he arrepentido de perdonarla y que la odio, que lo último que haría en este mundo sería perdonarla. Cuando voy a tomar el aparato, entra una llamada; el sonido me hace saltar.

—¿Bueno? —digo, aún con la voz de Gabriela.

—¿Mamá? —Graciela habla a susurros, se oye sorprendida—, ¿bueno?

Carraspeo para sacudirme la voz de Gabriela, quienquiera que sea Gabriela.

—¿Estás bien? ¿Por qué estás despierta a esta hora?

—Hace rato oí el teléfono y supe que eras tú. Esperé a que mi papá se durmiera para hablarte.

Trato de decir algo, pero lo que fuera que me estaba bloqueando el pecho se va. Sé que Graciela está del otro lado, oyéndome llorar, y no puede hacer nada, aunque quisiera. Recuerdo cuando bailaba sobre mis zapatos, recuerdo los animales hechos con manos, la vocalización. Pienso en el perro, en el movimiento del auto cuando pasé sobre él. Quisiera nunca haber hecho eso, mucho menos frente a Graciela. Quisiera no haber perdonado a esa mujer, nunca haber ido a esa fiesta, nunca haber comenzado a beber. Imagino a Patricia, furiosa, recriminándome mi poca solidaridad y mi falta de compromiso. La conozco: se arrepentirá hasta de haberme invitado a la fiesta, de intentar sacarme un poco de la casa en la que a veces me he sentido ahogar. Trato de encontrar el momento en que me volví objeto de la caridad engañosa de Patricia y aunque sospecho cuándo fue, prefiero no pensar en ello.

—Perdóname, Graciela, perdóname —sé que el trato con Germán está roto, y que nada de lo que haga valdrá para revertir la decisión del juez.

—Mamá —me interrumpe con suavidad, aunque de manera firme—, ¿de qué te podría perdonar yo?

No puedo dejar de llorar. Patricia, Germán, Graciela, Salvador, la mujer del otro lado de la línea: de pronto todo es una sola cosa, confusa y palpitante, que brilla al fondo de los días, del tiempo.

—Tú sólo di que me perdonas, por lo que ha pasado y por lo que puede pasar.

—Te cambió la voz —contesta después de unos segundos, pero no menciona nada sobre perdonar.

Y yo no sé qué decirle.

## Terapia grupal

It's ridiculous, couldn't possibly be true. That's what I keep telling myself... a dead person can't write a letter.

SILENT HILL 2

El procedimiento es más o menos éste: el doctor hace una incisión (generalmente en el área de los glúteos) para cortar y remover la cabeza del fémur, luego limpia el acetábulo y remueve la porción artrítica del hueso y el cartílago remanente, inserta el nuevo acetábulo, que adhiere con un cemento especial, y procede a reparar los músculos y tendones alrededor del área intervenida. Después de esto, cierran el área y suturan los extremos de músculo, tejido adiposo y piel. La cirugía no debe tomar más de tres horas. Y listo, tienes una nueva cadera. Eso es más o menos lo que dijo Miriam.

—Bueno —comento—, suena bastante complicado para una intervención de tres horas.

—No tarda tanto a veces —responde, luego presiona el cinco en el tablero del elevador—, en ocasiones puede durar mucho menos. Depende del cirujano.

Callamos. Cuando la puerta está a punto de cerrarse, un hombre pone la mano en medio de las dos hojas de la puerta y se mete a la fuerza. Después de un par de segundos, y de resoplar y arquear las cejas, comienza a acomodarse la camisa, se peina con la mano izquierda y aprieta el nudo de la corbata. En la mano derecha lleva flores y parece que no ha dormido bien en mucho tiempo.

Una nueva cadera para la mamá de Miriam, a quien llamé anoche (a Miriam, no a su madre) para preguntarle si haría algo hoy, porque deseaba verla. Miriam y yo nos conocimos en un grupo de terapia para la superación de la pérdida de algún ser querido; de eso hace dos años, tal vez un poco más. Lo que nos unió, en un principio, fue una actividad donde los doctores (Miriam insistía en que no los llamara así, porque a lo mejor ni eran doctores) nos pidieron acariciarnos las manos con algún compañero del grupo, en el que había hombres y mujeres de todo tipo. “Es un ejercicio de reconocimiento, de apreciación”, dijo él (eran un hombre y una mujer los que conducían la terapia), y Miriam y yo, que tuvimos que juntarnos porque nadie nos escogió, nos miramos directo a los ojos mientras nuestras manos reconocían las del otro. Nos reímos después de un momento y no pudimos parar; nos pidieron abandonar la sesión, cosa que hicimos un tanto apenados, pero con cierto aire de satisfacción.

La mamá de Miriam es una especialista en audio. Cuando no se pueden capturar adecuadamente los sonidos durante la filmación, alguien, en este caso la mamá de Miriam, se encarga de adherirlos en una sesión aparte. Todo esto me lo contó aquella vez que nos

encontramos en el supermercado, tres meses después de habernos visto por última vez en la terapia, y ya no recuerdo por qué la conversación llegó hasta el tema de su madre y su trabajo. Claro, ahora recuerdo, yo le pregunté si aún se dedicaba a lo mismo y ella me dijo que ahora hacía fotografía publicitaria: las imágenes que usan para anunciar helados, cerveza o detergente. Los helados que se ven en los anuncios no son en realidad helado, sino puré de papa teñido con pintura vegetal. Eso es lo que hace Miriam (hija), mientras que Miriam (madre) se encarga de los sonidos en las películas.

Puede pensarse así: un hombre camina por la playa, lleva largas botas de plástico blanco que le llegan hasta las rodillas y además usa un gorro como los que normalmente se atribuyen a los pescadores. Es una de esas playas llenas de piedras resbalosas, brillosas, como diamantes apenas diamantes. Puesto que los sonidos ambientales eran sucios al momento de la grabación (el término *sucio* es mío), ahora la mamá de Miriam está en un cuarto aislado acústicamente, viendo la película en una pantalla al otro lado de un cristal grueso, como los que usan en los interrogatorios de las películas (supongo que de la vida real también) y va creando los sonidos que se usarán para la escena. El hombre da cuatro pasos y la mamá de Miriam estruja una bolsa de tela llena de piedrecillas de río, que alguien, imposible saber quién (tal vez ella misma), recolectó en algún viaje. El hombre abre un pescado y lo envuelve en periódicos: la madre de Miriam estruja las hojas de un diario amarillento y luego azota contra ellas un trozo de barro húmedo, viscoso, de al menos doscientos gramos.

—A eso le llaman *foley*, al procedimiento —comentó aquella vez Miriam, mientras escuchábamos, por tercera ocasión, que la cajera llamaba por el altavoz a la gerente.

—Suenan interesantes —respondí un poco distraído, porque en realidad estaba observando las cosas que Miriam llevaba en el carrito—, no sabía que eso pasaba; yo creía que los sonidos se capturaban ahí mismo.

¿Quieres saber algo de alguien? Mira lo que lleva en su carrito de supermercado.

—Y lo hacen, pero a veces no sirven y entonces es necesario editar: ahí es donde entra mi mamá.

—Claro, claro —comenté un tanto distraído—, con esos micrófonos largos, peludos. Sí, los he visto en los documentales.

Miriam dejó escapar una risita. “Micrófonos peludos”, repitió en voz baja, y luego, al notar que mi vista estaba puesta en su carrito, movió la cabeza como negando.

—Pues eso —respondió después de unos instantes, mientras colocaba sus cosas en la banda sin fin que, después de unos minutos, se había vuelto a activar, luego de que la gerente se acercó hasta la caja y tecleó algo.

—*Foley* —repetí después, cuando empujábamos nuestros carritos hacia la entrada.

—Sí, *foley*.

*Foley*, y la madre de Miriam es experta en ello. Me pregunto cuántas de las películas que he visto han contenido sonidos hechos por esa mujer, que está a punto de recibir una nueva cadera, hecha de porcelana, plástico y metal.

El hombre baja en el cuarto piso (presionó el cuatro luego de dar los buenos días) y Miriam y yo nos quedamos solos y callados el piso restante. Las puertas se abren y estamos en un pasillo largo, bien iluminado, donde parece que nunca ha habitado el silencio.

—Y entonces, ¿qué pasó después? —pregunta Miriam mientras nos dirigimos, luego de esquivar un par de camillas, a la habitación donde su madre espera una nueva cadera.

—Les dije que prefería esperar al juicio, que en realidad aquello no me convencía del todo. Eso, que prefería esperar al juicio.

Miriam comenta algo sobre los problemas laborales y cómo estos son el verdadero paso a la edad adulta. “Quien no tiene problemas laborales sigue siendo un niño”, sentencia una vez que nos detenemos frente al 508, y no sé si eso es algo bueno o malo. Miriam siempre ha sido buena para elaborar sentencias lapidarias como ésta. O como ésta: “hay cosas tan muertas que hasta el frío las evita”. No recuerdo cuándo me la dijo ni por qué, pero no se me ha olvidado desde que la oí.

La madre de Miriam (que también se llama Miriam, y tal vez es hija de una tercera Miriam) comenzó a sentir molestias al caminar. Y a pesar de que creyó que desaparecerían, no fue así, y un buen día se hizo *real y racionalmente* necesario operar. Una nueva cadera, sobre una que ya no sirve; mejor dicho, en lugar de una que ya no sirve. Como hacer *foley*, pero en el cuerpo de alguien, en los huesos.

Apenas entramos, la madre de Miriam sonríe y trata de saludar con la mano en alto, aunque después de recordar que está conectada a un catéter se arrepiente y simplemente levanta las cejas y sonríe. Miriam se sienta a su lado luego de colocar las flores en el pequeño buró de metal quirúrgico que está junto a la cama.

—Mira, mamá, es mi amigo del que siempre te hablo.

La mujer me aprieta con fuerza la mano y después pregunta si hubo problemas para pasar. Como nos apellidamos igual, nadie sospechó que no éramos parientes. A pesar de que no me conoce,



o más bien, no me conocía en persona (porque alguna vez Miriam me comentó que le hablaba mucho de mí a su madre), es amable y trata de sonreír lo mejor que puede, lo que me parece un gesto cálido y cordial; es como si hubiera poco alimento y aun así me invitaran a comer.

—¿Está nerviosa?

—¿Te digo algo? No, no lo estoy, y es raro, porque cuando me dijeron que habría que operar, de verdad me preocupé.

Afirmo con la cabeza y después tiemblo un poco al imaginar la incisión en la nalga derecha o izquierda, la sangre, la amarillenta capa de grasa que rodea siempre los músculos, la sutura y los baños posteriores.

—Pero puedo volver a trabajar pronto —afirma con alivio, como si eso fuera todo lo que importara en el mundo.

La imagino entonces en silla de ruedas, frente al micrófono ambiental, la mirada fija en una película muda (muda para ella, quien tendrá que hacer que no sea siempre así) y estrujando un trozo de lechuga para simular que dos jaguares están devorando a un animal. Los ojos fijos en la pantalla, las manos tensas, expectantes, y una mirada de cierta travesura en el rabillo del iris, mientras a su lado esperan un pequeño ventilador, un trozo de papel celofán, una lámina pequeña y un bote lleno de agua y pelotas de plástico, objetos a los que sólo ella podrá extraerles los sonidos necesarios, precisos.

La operación será en un par de horas, entonces las flores que Miriam trajo estarán un poco más marchitas (era el último ramo que encontramos) y después, en algún lugar del hospital, alguien llamado Mauricio llevará, envuelta en bolsas de plástico, la vieja

cadera de la madre de Miriam, cubierta de una ligera capa de sangre seca.

Al lado de la cama de la mamá de Miriam hay un hombre dormido, lleva gafas y su rostro afilado remata en una larga barba de chivo, canosa e hirsuta. Duerme con la boca entreabierta y alrededor de los labios hay una capa de saliva blanca y seca. Quizá sueña que lo operan, porque se sobresalta un poco de vez en cuando. Debió quedarse dormido mientras leía, ya que al lado de la cama hay un libro tirado y nadie duerme con lentes, en los sueños nadie es miope ni sufre de astigmatismo.

—Las cosas que hay que ver hoy en día —comenta de pronto su madre, mientras Miriam sale de la habitación para atender una llamada—, se acaba la cadera y pides otra. Un día podremos comprar cuerpos enteros; una extensión de la vida. Quién sabe si el mundo, cuando lleguemos a eso, sea un lugar donde resulte agradable vivir.

No lo dice para conversar, sino más bien para no quedarse completamente callada. No digo nada porque sé que ella no espera respuesta y porque, además, creo que no hay nada que agregar a eso. Puede que de ahí sea de donde Miriam sacó el talento para decir frases con las que uno podría cerrar una película o una novela. Miriam vuelve y besa a su madre en la frente.

—Vamos para allá abajo, a almorzar. No me tardo. Todo va a estar bien.

Me despido de su madre y Miriam agrega que volverá pronto (con lo cual, creo, me advierte que no tiene mucho tiempo para mí, y que lo más será que almorcemos juntos y después tendremos que ir cada uno para su lado; es decir, que quiere estar sola en la sala de espera mientras alguien baja y le dice que la operación fue un éxito).

Una de las enfermeras estornuda y yo digo “salud”, aunque no me contesta porque quizá ni siquiera me oyó.

De vuelta al elevador (el pasillo está aún más lleno) volvemos a encontrarnos con el hombre que subió con nosotros, el que estuvo a punto de quedarse afuera. Se aprieta el nudo de la corbata, hasta que la piel del cuello se pone blanca, luego pregunta si también bajamos. Esta vez no presiona ningún botón porque ya Miriam seleccionó planta baja.

—Se ve bien, fuerte —comento de pronto, y Miriam se queda callada para, después, voltear hacia el techo.

El hombre lleva un rasguño en la mejilla derecha. Veo que aprieta en el puño izquierdo una flor que no es del color de las que traía al entrar. Llegamos a la planta baja y el hombre camina a la entrada del hospital. Nosotros torcemos en dirección opuesta y cuatro minutos después tenemos lugar en una de las mesas del comedor, con tazas humeantes frente a nosotros.

—Esperarás una mejor oferta entonces.

—Eso haré.

Hablamos de mi despido y de qué se puede hacer al respecto. No es que Miriam sea experta en leyes, ni nada por el estilo, pero hay veces en que sólo necesitas repetir la misma historia una y otra vez, decir lo que sientes hasta que, de pronto, ya no quieres decirlo más y te das cuenta de que ya no te duele ni te molesta, que repetirlo hasta el cansancio te ayudó a ponerlo en perspectiva. Por eso busco a mis antiguos amigos y compañeros: no estoy acostumbrado a vivir por las mañanas en mi casa de la infancia y mi padre no sabe que me han despedido, aunque no creo que le importe mucho si dejo de colaborar un par de meses con los gastos. De cualquier forma, no

planeo estar mucho tiempo viviendo en su casa, él lo sabe y quizá por eso no se negó, aunque, como poco antes de que me mudara la primera vez, seguimos sin hablar mucho y sin aclarar las cosas.

—Necesito que me ayudes —dice Miriam de pronto, luego hurga en su bolsa de mano.

Pienso en la cadera de metal, plástico y cerámica, y me pregunto si alguna vez necesitaré una; la idea no es agradable.

Miriam coloca sobre la mesa una hoja de agenda, del año anterior, donde se alcanza a ver que por la parte trasera alguien apuntó una fecha.

—Han llegado cartas a la casa, no muchas, pero sí las suficientes. Me pregunto cuántas son suficientes cartas.

—¿De tu padre?

El padre de Miriam se fue un día, sin decir más, y estoy seguro de que eso fue lo que la orilló a tomar la terapia donde nos conocimos, aunque nunca tuve el valor de preguntárselo directamente. Cuando le cuestioné por qué iba, ella se limitaba a decir que ya eran muchas ausencias acumuladas en esos años de vida y que prefería sacarlas todas de una vez, antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué? No —la idea le parece graciosa, tonta—, de un hombre a quien no conocemos. Supongo que era quien antes vivía ahí.

—¿O sea que él manda cartas a su antiguo domicilio? ¿Y qué dicen?

—No, me expresé mal. Alguien manda cartas a la casa y creemos que están dirigidas al hombre que vivió ahí antes. Y nada, eso: quiero que me ayudes.

—¿Y en qué quieres que te ayude?

—Quiero que me ayudes —repite—, ¿qué te parece?

La miro directamente a los ojos, tratando de buscar ahí un indicio de que esto es una broma, pero su gesto no cambia; antes bien, algo en su mirada se agudiza: hay un brillo que me indica que esto no es nada trivial para ella.

—¿Qué hay que hacer?

Miriam explica, en el tiempo que me toma exprimir la bolsa de té y colocarla a un lado de la taza de plástico, que durante este tiempo le ha contestado las cartas al hombre. Creo entender, aunque no me lo dice, que lo ha hecho en compañía de su madre.

—Ponme al tanto.

—Pues eso, que han llegado cartas a la casa, cartas de un hombre que escribe pidiendo perdón por algo que pasó hace no sé cuántos años —saca una agenda de su bolsa (de ahí debe haber desprendido la hoja que sacó al principio; el diseño es igual y el año coincide) y luego de pasar rápidamente algunas páginas da dos golpes con el índice en una de las hojas—, dieciocho años. Dieciocho años de que pasó eso por lo que pide perdón.

—Enséñame las cartas.

—No hasta que digas si estás completamente comprometido con esto.

Otra vez espero que me diga que es una broma, pero me doy cuenta de que va completamente en serio su petición y que no me dirá nada más, ni me enseñará las cartas, hasta que me haya comprometido con el asunto.

—Bueno: estoy completamente comprometido con esto.

El hombre que escribe las cartas pide perdón por algo, Miriam no explica qué, aunque quizá no lo explica porque ella misma no lo sabe. Aquel tipo, según Miriam, no se cansa de repetir que quisiera

poder borrar lo que hizo en aquellas vacaciones de 1986, específicamente en noviembre, muy específicamente el 16. Eso es lo único que parecen tener en común todas y cada una de las cartas, el deseo de cambiar lo que pasó aquel día.

—“Quisiera poder borrar lo que hice, y colocar algo nuevo en aquel día. Claro, como si eso fuera posible, pero eso quisiera hacer” —lee Miriam en voz alta. Luego, cuando termina la cita, cierra su agenda.

—¿Y esa fecha? —señalo con el mentón la primera hoja que sacó, la que pertenece a la agenda de donde leyó aquella frase.

—Es de cuando llegó la primera carta.

—Ya veo.

—¿Entiendes de qué va? —pregunta Miriam, entre emocionada y triste, y aunque no comprendo nada digo que sí.

—Entonces, ¿en qué quieres que te ayude?

Miriam vuelve a hurgar en su bolsa y saca un sobre, de donde extrae un papel cicatrizado de dobleces que, luego de extender y alisar contra la mesa, lee detenidamente, con pausas muy marcadas y dramáticas donde imagino que deben estar las comas. Luego, de pronto, se queda callada, justo a la mitad de una anécdota sobre cierta visita al lago Toluca y un día “frío y ciego de neblina”. Estoy a punto de preguntarle por qué se detiene, pero me doy cuenta de que ahí termina la carta.

—Un hombre está triste, se arrepiente de lo que hizo hace no sé cuántos años y quisiera cambiar las cosas. Como no puede, se limita a escribir una carta tras otra, con la esperanza de que el peso de tanto papel cambie el curso de la historia. ¿Qué tiene de interesante? Bueno, no digo que no sea interesante, pero a ti —me mira

sorprendida, acaso molesta—, a nosotros, ¿qué nos incumbe lo que un hombre arrepentido tenga que decirle a su esposa?

—¿Esposa? ¿Qué no escuchaste lo que te dije al principio? Dije “le escriben cartas al hombre que vivió ahí antes que nosotras”. Al hombre. HOMBRE.

No lo había notado, pero es cierto, Miriam dijo hombre. Sólo que, por el modo en que están escritas las cartas, de pronto creí que el remitente se trataba de una mujer. No sé por qué, pero así me lo pareció.

—Sé que es hombre porque aquí lo dice —palmea su bolsa de mano, que sostiene firmemente contra su regazo—, y quien le escribe también es hombre.

—Bueno, está bien, un hombre le escribe a otro hombre pidiendo perdón por algo que hizo hace no sé cuántos años.

—Dieciocho.

—Dieciocho años, eso. Le escribe porque está arrepentido y quisiera leer que lo perdonan, o algo por el estilo. Pero aquella persona a quien están dirigidas las cartas ya no vive en esa casa. Hasta ahí todo claro.

—Perfecto.

—Bueno, hasta aquí todo claro. Y si bien es una historia triste, también es, cómo decirlo, trivial. Pero —levanto la mano para pedirle a Miriam que aguarde cuando trata de interrumpirme—, pero, pero, lo más importante de todo esto es ¿qué tenemos que ver nosotros? ¿A qué quieres que te ayude?

Miriam levanta las manos, incrédula, luego abre mucho la boca y los ojos, que clava en mí de forma sardónica, como si yo estuviera

frente a un pizarrón donde se lee “1×1” y no fuera capaz de escribir el resultado.

—Un hombre —comienza a explicar, de forma muy pausada, exageradamente pausada— escribe cartas cada mes y luego se toma la molestia de enviarlas a una dirección que resulta ser mi dirección actual. No quiere dinero, no quiere que lo cuiden porque resulta que ahora está enfermo, no: lo único que quiere es escuchar que ese alguien a quien le escribe, quien, por cierto, puede que esté muerto, lo perdona por todos los errores, en especial por ese de un 16 de noviembre de 1986.

—Suen a que ése fue un mal día.

—Debió serlo, si no, ¿por qué sigue escribiendo aun cuando no ha recibido la respuesta que espera?

—Y a lo que quieres que te ayude es a...

—Perdonar a ese hombre.

—Perdonarle lo que hizo ese 17 de noviembre.

—16.

—16 de noviembre.

—De 1986.

—16 de noviembre de 1986.

—Exacto.

Aunque trato, no logro entender bien a bien qué es lo que quiere Miriam o, mejor dicho, para qué me necesita. Quiero decir, no es la primera vez que le escribe a ese hombre y al parecer le ha encontrado el gusto a suplantar a esa persona que vivió antes que ella en su casa. No es que sea algo malo, simple y sencillamente me parece raro, además de una pérdida de tiempo. Eso: una pérdida de tiempo.



No lo parece, pero ha pasado una hora desde que salimos de la habitación de su madre. Deben estarla preparando ya para ingresar a quirófano. Dentro de unos cuantos minutos, el doctor hará una incisión (estoy seguro de que será en el área de los glúteos) para cortar y remover la cabeza del fémur; luego limpiará el acetábulo y removerá la porción artrítica del hueso y el cartílago remanente; insertará el nuevo acetábulo, que va a adherir con un cemento especial, y procederá a reparar los músculos y tendones alrededor del área intervenida. Después de esto, cerrará el área suturando los extremos de músculo, tejido adiposo y piel.

—Sigo sin entender en qué te puedo ayudar.

—El hombre que escribe las cartas se equivocó, y ahora, años después, se ha dado cuenta de que no hay manera de remediar nada de lo que desencadenó su error. Está bien, es normal, sólo quisiera escuchar, aunque no sea cierto, que lo perdonan.

—Ajá.

—Eso: pensé que tú podrías perdonarlo.

Nos quedamos callados, y la mirada de Miriam, que aletea por el comedor del hospital, se posa por instantes sobre mí, curiosa, para después volver a estrellarse contra las paredes y la gente que espera cabizbaja alguna noticia de parte de los doctores. Le pido, con un ligero gesto de la mano, que me muestre las cartas. Ella se levanta para ir al baño y aprovecho el tiempo para dar un vistazo a las más de quince cartas que Miriam extrajo de su bolsa de mano y luego colocó sobre la mesa, entre nosotros. En casi todas ellas se habla de flores, de lo mucho que le agradaban a aquel que debía recibir las cartas. A mí las flores me parecen estúpidas, mejor dicho, el acto de regalar flores, porque no hay nada en este mundo que sea estúpido

por sí mismo; somos nosotros, las personas, los que hacemos de las cosas algo estúpido o interesante.

Definitivamente el hombre parece arrepentido, pero eso poco o nada cambia las cosas. Me pregunto qué haría si supiera que quien le ha contestado no es quien él se imagina, o tal vez lo sepa y no le importa, tal vez para él esto es como un servicio de prostitutas, sólo que, en vez de usar el cuerpo, usa los sentimientos de alguien más. Es raro: en ninguna de las cartas parece hacer referencia a las respuestas de Miriam y su mamá. Después de la quinta o sexta, las palabras que usa el hombre comienzan a parecerme familiares, y no puedo evitar acordarme de lo que me pasó a mí y que esto se parece un poco. Ahora me doy cuenta: conociendo a Miriam, no es casualidad que haya aceptado vernos hoy, el día de la operación de su madre, ni que haya sido yo, precisamente, a quien le pidió ayuda.

—¿Quién te dijo? —le pregunto en cuanto vuelve.

—¿De qué?

—¿Quién te dijo?

Miriam se da cuenta de que estamos pensando lo mismo y que será inútil tratar de disimular porque, además, ya acepté ayudarla.

—Él.

—¿Lo viste? ¿Cuándo?

—Hace un par de días, cuatro o cinco.

—¿En dónde?

—En el centro comercial donde los vi aquella vez, donde me lo presentaste.

Olvidé decir que aquella ocasión en que me reencontré con Miriam en el supermercado no iba solo: él y yo aún estábamos juntos. Pero desde que nos separamos, desde que volví a casa de mi

papá, trato de contar todos los recuerdos en singular, como si él no hubiera existido. Como grabar un nuevo episodio de tu serie encima de otro programa en un casete de vhs, o como poner pintura anaranjada sobre una pared que era amarilla, nada que pueda resultar muy brusco o radical, pero que sirva para cubrir poco a poco lo anterior. Eso: como usar sonidos nuevos, más limpios, sobre una escena que por lo demás vale la pena. *Foley*.

—Además —agrega Miriam—, me dijo que no han hablado desde entonces. Creo que es una buena oportunidad para perdonarlo y seguir adelante.

No puedo evitar preguntarme de quién habla cuando dice “perdonarlo”, aunque algo me hace creer que habla del hombre de las cartas. Guardamos silencio.

—¿Te acuerdas de la película que se estrenó el año pasado? ¿La de la escena del corazón, donde no se veía nada, sólo se escuchaba un latido y los diálogos? Mamá colaboró en ella, ya sabes, con los sonidos.

Sí, recuerdo la película: aún la vimos juntos él y yo. Cuando conocí a Miriam, en aquel grupo de terapia, él y yo nos habíamos separado por segunda vez, la que yo creí definitiva. Por eso tomé cartas en el asunto y asistí a aquel grupo que vi anunciado en un periódico. Nunca creí que volvería a verlo, mucho menos que estaríamos juntos de nuevo, por lo que mi compromiso con la terapia era total, o al menos yo creía que lo era. En esos años, aún no comprendía que curar ciertas cosas que llevas dentro no es como llevar al sastre un pantalón roto: simplemente vas, lo dejas y preguntas cuándo puedes volver por él. Claro, cada día se aprenden cosas nuevas, pero todavía siento un poco de vergüenza al recordar cómo era yo en aquellos

días y las cosas que llegué a creer correctas o ciertas. Supongo que de eso se trata madurar: mirar para atrás y ver las cosas de aquel entonces con un poco de vergüenza o conmiseración, o ambas, porque ya las has superado.

—¿Sabes cómo hizo el sonido del corazón?

Toma su abrigo del respaldo de la silla y, con las puntas del índice y pulgar de cada mano, sostiene las orillas de una manga y después la estira y relaja al ritmo de un corazón: el sonido es tal y como lo recuerdo.

—No lo creerías si no supieras que mi mamá se dedica a esto, ¿no?

—No, no lo creería.

—Es curioso, ¿no? —regresa el abrigo al respaldo de la silla—, que un pedazo de tela suene más como a corazón que un corazón mismo. O como cuando quieren lograr el sonido de una fogata, ¿sabes lo que usan?

Miriam extrae un chocolate de su bolsa y se lo lleva a la boca, luego de retirar el celofán que lo envuelve, lo aprieta entre sus dedos una y otra vez: suena como una fogata real o tal vez suena a como cremos que suena una fogata real porque ¿cuándo fue la última vez que estuvimos frente a una fogata? A lo mejor lo que percibimos como *real* de hecho es sólo lo que está representando a lo real.

—¿Y cómo logran el sonido de un serrucho?

—¿Un serrucho cortando madera? —sólo alguien que conociera a fondo este mundo sería capaz de saber que hay una enorme diferencia entre un serrucho cortando madera y uno cortando metal.

—Cortando hueso.

—Ah —creo que a Miriam le parece de mal gusto la pregunta, pero aun así medita un poco la respuesta—, doblas una alfombra a la mitad y frotas las dos partes.

La conversación se cae de pronto, como si hubiéramos llegado a un callejón sin salida o a un barranco.

—Bueno, voy a preguntar si saben algo de cómo va mi mamá. Mientras, aprovecha para leer las cartas.

—Mejor nos vemos allá afuera.

Después de que Miriam se levanta, abro la primera carta y, antes de empezar a leer, recuerdo que no le he preguntado algo.

—Oye, Miriam, ¿por qué el hombre no hace referencia a las cartas que le has mandado? Digo, en todas sigue hablando como si nunca hubiera recibido respuesta alguna, como si lo siguieran ignorando.

—Dije que las hemos escrito, no que se las hemos mandado.

Cierro la carta y ella camina hacia el elevador. En este momento la carne de la mamá de Miriam seguramente está abierta y las manos del doctor deben ir y venir sobre ella. Las imagino entrando en la incisión, los guantes llenos de sangre y el tejido adiposo duro, muy amarillo. Pienso en las muchas operaciones que he visto en la televisión y no puedo recordar si hay sonido en ellas o no; de ser así, me pregunto cómo lograrán el efecto de la piel siendo abierta por un cuchillo, de unas manos entrando y saliendo de la carne de otro hombre que aún está vivo. Quizá se lo pregunte a la mamá de Miriam en alguna otra ocasión.

Ahora que lo pienso, si veía esos programas era para convivir con mi papá, que pasa la mayor parte del tiempo mirando documentales o películas a solas en la sala, con los pies sobre un

taburete y el teléfono en la mano izquierda, el control remoto en la derecha. Desde que se jubiló (era maestro de primaria) no ha salido mucho de la casa, tampoco ha hablado con muchos de sus antiguos amigos y compañeros. Me imagino que jubilarse es una prueba para saber quiénes de verdad son tus amigos; la vida en sí es una prueba para saber con quiénes puedes contar y con quiénes no. Recuerdo que, en mi cumpleaños siete, mi papá me regaló un libro con cuentos de la mitología china. Uno en especial, del cual no recuerdo el nombre, decía que si quieres saber quién puede ser un buen compañero de viaje, te detengas a orinar y tardes un poco; si el acompañante no se va, es que puede ser un buen amigo. A lo mejor eso no aplica tanto en este país, en este tiempo (porque, para empezar, en el cuento los hombres orinaban hincados), pero creo que la paciencia es de lo que trataban de hablar.

—Oye, papá —le pregunté al día siguiente de leer el cuento—, ¿es cierto que los hombres en China orinan hincados?

—Pues... —mi papá pareció dudar o no ponerme mucha atención; estaba preparándose para que saliéramos (daba clases en la misma escuela donde estudié o mejor dicho, yo estudiaba en la escuela donde él daba clases)— no estoy seguro, ¿por qué lo dices?

—Uno de los cuentos del libro decía que un niño se hincó a orinar a un lado del camino, y el hombre que viajaba con él se desesperó y siguió su camino solo.

—Ah, ¿sí? —sonaba distraído—, bueno, puede ser.

—¿O sea que no sabes?

—No, nadie puede saber todas las cosas.

Me pareció que estaba decepcionado, no sé si por no saber lo que le preguntaba o porque yo había preferido pensar en cómo orinan los

hombres en China en lugar de apreciar que el cuento hablaba de la amistad y la paciencia. O tal vez no sucedieron así las cosas, a lo mejor me lo imagino y esa conversación nunca tuvo lugar, me la inventé por una razón que ni yo mismo conozco. Puede ser que ese recuerdo falso (es cierto: hay estudios que comprueban que la gente se inventa recuerdos falsos, bueno, que nos inventamos recuerdos falsos) está cubriendo otro recuerdo que no me gusta del todo; el recuerdo de otra conversación donde le preguntaba algo importante, o más bien le decía algo importante (le confesaba, es la palabra que usan algunos, pero a mí no me gusta, lleva una carga negativa) y él sólo trataba de evadir la situación dándome la espalda y hurgando en la alacena, como si aún tuviera prisa por llegar a dar clases. Puede ser eso.

—¿Y por qué no me ves?

—¿Cómo que no te estoy viendo?, ¿por qué pones intenciones en lo que hago? Te estoy viendo, claro que te estoy viendo.

—¿Y qué piensas?

—¿Qué pienso?, ¿qué pienso? —se había volteado otra vez, para hurgar en la alacena porque al parecer no sabía bien dónde poner las manos o la vista—, no pienso nada, lo que decidas está bien, supongo.

—Ésas no son cosas de decidir. “Decidir”, lo dices como si yo hubiera escogido.

—Mira —volteó rápidamente, hasta que sus ojos quedaron atorados en los míos—, lo que hagas está bien, yo no puedo decirte nada. Sólo que me toma por sorpresa, nada más. Eso. Y que me duele que te vayas, son cosas que no vas a entender hasta que tengas hijos. Bueno, que entenderías si pudieras tener hijos.

—Lo dices como si fuera estéril. Además, se puede adoptar, siempre hay otras formas.

—Hijos tuyos. Bueno, a lo mejor no me sé expresar, es sólo eso. Ya te dije, me duele que te vayas.

—¿No será que más bien te duele con quién me voy?

—Bueno, puede ser.

—¿O sea que no sabes?

—No, nadie puede saber todas las cosas.

Hace mucho frío aquí afuera, o será que a mí siempre me ha parecido que los hospitales magnifican las cosas, como si fueran un microscopio para el dolor. Miro a la gente entrar, salir, y me pregunto quiénes serán los que mañana no amanezcan. Me sorprende que Miriam no esté triste ni estresada, aunque debe ser porque, a juzgar por su explicación sobre las cirugías y la salud de su madre, sabe que esto es mera rutina. La nueva cadera, que es de porcelana, plástico y metal, debe estar ya dispuesta junto a la mesa de operaciones o, si el doctor es hábil, debe estar ya dentro del cuerpo de la madre de Miriam. Una cadera nueva, tal vez mejor, donde antes había una cosa que ya resultaba inservible y, más que eso, dolorosa; porque hay cosas que no sirven, pero tampoco estorban.

Ya casi anochece totalmente y allá, del otro lado de esa débil cicatriz de cobre que aún queda en el horizonte, mi papá debe estar frente a la televisión, esperando llamadas que nunca llegan, viendo programas que nunca terminan. Quizá él sepa más que yo de la cirugía que en este momento le practican a la mamá de Miriam, es posible, tal vez se lo pregunte al llegar a casa.

—¿Las acabaste de leer?



No me di cuenta, pero Miriam está a mi lado, mirando también al frente. Se lleva las manos a la boca y sopla en ellas, luego hace pequeñas nubes con su aliento congelado. Eso fue lo primero que hizo aquella vez que nos corrieron de la terapia; en cuanto salimos, comenzó a soplar su aliento para mirarlo congelarse y perderse contra el viento.

—Es más barato que fumar —comentó aquella vez.

—Y menos dañino.

—Sí, eso también es cierto, hace menos daño.

Después me dijo que ésa era una de las razones por las que deseaba mudarse a un país donde siempre hiciera frío: fumar sin fumar todo el día, todos los días, porque aquí sólo podía hacerlo en la temporada invernal. Un buen sustituto para lo que, al parecer, tanto amaba. Ahora que lo recuerdo, pensé que ojalá existieran sustitutos tan baratos, tan efectivos, para todo lo que nos hace daño.

—Ya las había leído.

—Lees muy rápido.

—Una de las ventajas de ser hijo de un maestro de español.

Nos quedamos un momento más con la mirada al frente, pensando en cosas que tal vez a nadie más diríamos. Veo mi reloj: casi las ocho de la noche, entonces me doy cuenta de que en realidad hace frío, porque Miriam está congelando su aliento.

—Hubiera traído la cámara. Mira el cielo.

Apenas unos segundos después de que Miriam lo menciona, el último rescoldo de la tarde se apaga.

—¿Qué pasó con tu mamá?

—Ah, no me dijeron casi nada. Se pasaron la pregunta de mano en mano y al final simplemente me ignoraron.

—¿Estás nerviosa?

—No, la operación no es de riesgo. Nunca he escuchado de alguien que muera por una cirugía de cambio de cadera. Y estuve investigando.

—Escuché que toda operación donde se use anestesia general es riesgosa, no tanto por la intervención en sí, los cortes y eso, sino, precisamente, porque te duermen.

—No pasa nada. Bueno, ¿cuándo empezamos la carta? Mira ya la hora que es.

—¿Hasta qué hora te irás a tu casa?

—No creo irme, me voy a quedar aquí esperando toda la noche. ¿Por?

—¿Me puedo quedar contigo?

Miriam parece dudar por un segundo, más por mí que por ella, luego gira sobre los talones y echa a andar hacia el hospital, conmigo detrás. No hay ningún lugar libre en la sala de espera, así que Miriam sugiere que esperemos en su carro.

—Nada más déjame preguntar otra vez y nos vamos, aunque de plano no creo que despierte hoy.

Me quedo parado cerca de la puerta mientras ella va hacia el área de informes. Después de un par de minutos, regresa con los oídos vacíos: no supieron darle ningún informe. Caminamos sin decir nada hacia el estacionamiento al lado del hospital, donde un letrero luminoso anuncia que funcionan las veinticuatro horas. Al llegar a su carro, y abrir la puerta, lo primero que nos pega en la cara es una tibieza con olor a cigarro húmedo. Subimos, ella al asiento del piloto y yo a su lado. Al cerrar la puerta, parece que el mundo deja de existir, porque no nos llega ningún sonido ni aroma o luz del exterior.

—¿Ya pensaste lo que le vas a escribir?

—No he pensado mucho, pero algo se me ocurrirá.

—No se te tiene que ocurrir nada, sólo perdónalo y ya. Es algo mutuo: a él lo van a perdonar, va a recibir una carta donde dice que puede continuar en paz, y va a creer que es de quien lo esperaba. Tú puedes aprovechar para perdonar a...

—No digas su nombre.

—Bueno, a él.

Nos quedamos en silencio, como tratando de digerir algo, de entender algo. Miriam enciende la radio y sintoniza una estación que nunca había escuchado.

—¿Y no crees que se dé cuenta de que la letra es distinta? —pregunto de repente, porque no había pensado en ello.

Miriam tiene los ojos cerrados, las manos sobre el volante y la cabeza echada hacia atrás. Por un momento, de tan en paz que luce, parece que no estuviera viva.

—Yo la voy a escribir. Déjame eso a mí.

Volvemos a callar. Por alguno de los pasillos del hospital, que flota en el parabrisas medio empañado, debe viajar, en este momento, la cadera de la mamá de Miriam. Imagino la operación y pienso en cómo crearía yo los sonidos que no pudiera capturar el micrófono; hueso que se rompe, carne abriéndose, la respiración del doctor, los aparatos que hacen las funciones del cuerpo de la mamá de Miriam mientras ella no puede.

—¿Tú seguiste yendo?

Miriam, con los ojos aún cerrados, quita las manos del volante, mueve los hombros y endereza la espalda, luego coloca la cara de frente al parabrisas. A tientas, llega hasta la perilla de la radio y

cambia la estación. Respira muy profundo, dos veces, y abre los ojos poco a poco, como si fuera la primera ocasión en que puede ver.

—Después de que te fuiste, ya no mucho. Tú sabes cómo eran las cosas, ya todos habían formado “parejas”, y a veces tenía que trabajar con alguno de los terapeutas. Así para qué, mejor me quedaba a ver la tele.

Siento algo que se parece a la culpa, como si hubiera abandonado a Miriam en un lugar donde corría peligro.

—En ese grupo —continúa Miriam—, o lo que fuera, lo más valioso eran los amigos, más que la terapia misma.

—Como en la escuela.

—Exacto, como en la escuela, donde los amigos, las relaciones y las vivencias son lo que en realidad vale la pena. O sea, una escuela es eso, no un grupo de edificios. A diferencia de, por ejemplo, los hospitales.

Vuelve a poner las manos en el volante y mira hacia el hospital. Me parece que quiere ir y preguntar de nuevo por su madre, pero sabe que es inútil y prefiere quedarse aquí. Además, ha comenzado a caer una lluvia finísima.

—Y tú eras el único amigo que hice ahí —remata.

Miriam nunca mencionó a quién pretendía olvidar en ese grupo, específicamente, quiero decir, porque dijo, cuando nos conocimos, que era tiempo de sacar todas las ausencias reunidas, o algo así. Nunca me platicó algo sobre alguna pareja, estable o no estable, e ignoro si ahora sale con alguien. Es extraño, creo que sentiría celos de verla con alguien más. Así que no, lo que nos llevó a ese grupo parecía no ser lo mismo.

—Me escribió mi papá, creo que no te había dicho.

—Creo que nunca habías dicho nada sobre tu papá.

—Pues es que no hay mucho que decir en realidad. Nos dejamos de ver cuando lo del divorcio, creo que después de eso hablamos un par de veces, o a lo mejor eso me lo imaginé, no puedo estar segura. Digo, fíjate, tenía creo que cinco años cuando lo dejé de ver. Sí, creo que cinco o siete.

—¿Por eso ibas al grupo?

—En parte. Aunque, como te dije, había muchas cosas que limpiar, muchas, entre ellas él. Era como un cenicero que se estaba desbordando —voltea hacia el cenicero bajo la radio, parece sentir alivio de verlo vacío—, o sea, nadie se iba a morir si no lo limpiaba, pero ya era molesto.

Espero a que agregue algo más, pero el silencio se robustece con cada segundo y parece que ha terminado de decir lo que quería decir.

—Quiere que lo cuide ahora que está enfermo. Bueno, no me lo dijo así como tal, pero eso dejó entrever.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Yo? Nada. Eso es asunto de él.

Miramos al frente, al parabrisas, donde descansa el hospital que, de pronto, así a lo lejos, tras el silencio del auto, parece un espejismo.

—¿Por eso dijiste eso hace rato?

—¿Qué?

—Eso, del hombre que está pidiendo perdón en la carta.

—No me acuerdo.

—Dijiste “sólo quiere que lo perdonen, no está buscando que lo cuiden ahora que está enfermo”; algo así dijiste.

—Ah, ¿sí? Fíjate, ni me di cuenta. Pero mira, ahora que lo dices, creo que el hombre este no está pidiendo mucho, ¿o sí? Sólo eso, unas cuantas palabritas y ya. No quiere otra oportunidad ni pretende meterse de nuevo a una vida que ya no le pertenece, sólo quiere que lo perdonen y ya, eso es todo.

—Bueno, si lo pones así, suena como poca cosa.

—Es que *es* poca cosa.

Me irrita un poco que hable del perdón como si fuera algo trivial, que fuera como darle el cambio a alguien.

—Y entonces, si es poca cosa, ¿por qué no perdonas a tu papá?

—Ah, no, perdonado está, eso te lo puedo jurar —sus dedos se tensan un poco sobre el volante—, pero de ahí a dedicarle una parte de mi vida, no.

Antes de que la conversación se torne más ríspida, dejamos de hablar y parece que acordamos sin palabras dejarlo por la paz. Tal vez estamos tan solos, tan aislados, que no nos podemos dar el lujo de perder un amigo. Le digo, entonces, que podríamos empezar con la carta.

—Sí, ya va siendo hora de que alguien perdone a este hombre.

Revuelve en su bolsa y luego enciende la luz interior. Baja un poco su ventanilla: el aire frío de allá afuera y los sonidos recorren las esquinas del auto. Saca las cartas, me las pone sobre las piernas y luego cierra la ventanilla. Sigue revolviendo en su bolsa y ahora coloca sobre las cartas la agenda donde al parecer lleva el registro de todo este asunto de la correspondencia. Quiero preguntarle por qué la agenda es del año pasado, pero no creo que ni ella misma lo sepa o tenga ganas de decírmelo.

—¿Puedo pasarme para atrás? Quiero estirarme.

—Sí, sí, como te sientas más cómodo.

En lugar de bajar del auto y entrar por la puerta trasera, brinco por encima de mi asiento. A Miriam le da risa, aunque yo siento un poco de pena cuando pateo el tablero y cambio, sin querer, la estación de la radio. Miriam ríe, parece más relajada. Aquí hay más espacio, siento como si estuviera solo en el universo; los asientos dividen mi sitio del resto del mundo. Aquí estoy solo, me gusta.

—A ver, léeme la última carta, por ahí podemos empezar —me acuesto y recargo la cabeza en la puerta.

Escucho a Miriam revolver las cartas, hojear la agenda; cierro los ojos y el sonido de sus manos contra el papel adquiere un tono suave, acompasado; creo que si alguien tuviera que crear el sonido que produce la vida al avanzar, sería ése: un ligero roce de hojas de papel contra unas manos suaves como las de Miriam.

—Aquí está —oigo a Miriam sacar una carta del sobre y luego alisarla sobre su pierna—, voy a prender la luz.

—No, no la prendas. Déjala así.

—¿Y cómo voy a ver?

—Con la luz de tu teléfono.

Miriam se revuelve en el asiento para sacar su teléfono, luego carraspea y empieza a leer.

—“Creo que ya te he dicho muchas veces que me gustaría mucho, mucho, que pudieras decirme que me perdonas. Pero para pedir algo que de verdad se desea nunca hay suficientes veces. Tengo la ligera esperanza de que no hayas leído ninguna de las cartas anteriores y que por eso no contestes; bueno, siempre existe la posibilidad de que te hayas mudado, como siempre dijiste que lo harías, quién sabe. Ya sé que lo he dicho muchas veces, pero no

puedo olvidarme de lo que pasó ese 16 de noviembre; eso en especial es lo que me tiene preocupado. Creo que todo lo demás puede irse lavando con el tiempo, son cosas que a cualquiera pueden pasarle, cosas que de alguna forma se perdonan o se olvidan, pero dejan de afectar; sin embargo, lo de ese 16 creo que marcó un antes y un después. A veces he pensado que si un día alguna fuerza, algo superior a mí y a ti, como Dios, se acercara a decirme que me puede perdonar una cosa, o que puede borrar uno solo de los días que he vivido, sería ése. Así se lo diría, sin dudarle. Pero ese tipo de cosas, que alguien se acerque a ti y te ofrezca una oportunidad que a nadie más se le ha ofrecido, eso de plano no pasa, ya lo sé, pero imaginarlo alivia un poco”.

Miriam calla y luego me pregunta si estoy dormido. No le contesto, pero algo le hace darse cuenta de que estoy escuchando. “Bueno, voy a seguir”, me dice.

—“Es como ver una y otra vez una película de la que no te gusta el final, y tienes la secreta esperanza de que esta vez, por alguna razón, las cosas sean distintas y terminen tal y como a ti te gustaría. Pero eso no pasa, aunque a veces, de tanto que lo deseas, pareciera que algo cambia, por un instante. Creo que es posible, no sé, pero no a todos les sucede. Mira ya cuántos años han pasado y todavía me da pena recordar ese día; siento que si lo digo de nuevo, o si lo escribo de nuevo, va a cobrar fuerza, y entonces todo el avance, el poquito de olvido o perdón que a lo mejor tienes, se va a desperdiciar y vamos a empezar de cero otra vez. Aunque, bueno, a lo mejor decírtelo una y otra vez en cada carta ya lo ha hecho. Pero por lo menos quiero decírtelo así, para que no vayas a creer que, encima de todo, soy cínico y hago como que no pasó. Para los que pueden hablar las cosas de frente y resolver sus



problemas, un día llega el olvido o tan siquiera el perdón, pero para los que niegan las cosas y hacen como que no pasó nada, lo más que puede pasar es la amnesia, la negación, y eso no sirve porque a la larga el sentimiento volverá. Bueno, es lo que creo”.

El silencio empieza a cicatrizar la herida que la voz de Miriam provocó en el aire, siento que quiere decir algo, pero no sabe qué o mejor dicho, no sabe cómo. Creo que cada sonido en este mundo puede ser creado de distintas formas, pero el silencio sólo es uno y no hay nada que pueda sustituirlo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy pensando lo que vamos a poner —me quedo mirando al techo del carro, como si pudiera ver a través de él—, debe sonar sincero.

Oigo a Miriam sacar su agenda de la bolsa y después escucho el ligerísimo clic de una pluma; ella está lista, sólo faltó yo. Sigo con la mirada en el techo, donde proyecto mentalmente el último día que vi a Sergio; la última vez que hablamos. Puedo ver todo con nitidez: el departamento, las escaleras, la regadera, la cocina y el pasillo, pero no hay sonido: es como una película muda a la que puedo ponerle los sonidos, los diálogos.

—Las decisiones que toma cada quien son eso, cosa de cada uno, y nadie más puede decidir sobre ellas. Es como para no creerse, pero todo el tiempo nos estamos enfrentando a situaciones que nos van a cambiar para siempre, cosas de las que ya no hay vuelta. Yo no puedo saber por qué pasó lo de aquella vez, aunque me lo explicaras, aunque dijeras las cosas tal y como las sientes; las palabras, a la vez que dan cuerpo a las ideas, las contaminan un poco, y no se puede saber con total fidelidad y certeza lo que otro piensa. Es como para

volverse un poquito loco o amargado, pero así es. Lo mismo con el perdón: aunque te dijera que te perdono, no sería exactamente lo que siento, porque el camino del pensamiento a la boca es muy largo como para que las cosas no cambien en ese trayecto.

Miriam dice algo, pero no la escucho; sigo con la mirada en el techo, donde Sergio y yo estamos a punto de despedirnos otra vez.

—Creí que me sentiría mejor cuando me pidieras perdón, cuando supiera que estabas consciente de que lo que hiciste no fue lo mejor, que había otras formas de actuar, algo que nos haría menos daño a los dos. Pero, mira, ya pediste que te perdone y no me siento mejor, ni siquiera creo que pueda perdonarte, y no porque yo sea quién para hacerlo, sino porque aunque te dijera que sí, que te perdono, no sabría ni de lo que estoy hablando; todo me sigue pareciendo confuso, revuelto. Pero sí puedo decirte esto: no pasa nada, así son las cosas a veces, así es la vida a veces, y suele suceder que uno se equivoca y no sabe que el otro salió más lastimado de lo que se podría pensar. O, mira, también puede ser así: para perdonarte, tendría que seguir siendo, de alguna forma, igual a como era en ese entonces, pero el tiempo avanza. No tengo nada que perdonarte; eso es lo que quería decir y no sabía cómo.

Apenas un segundo después de que dejo de hablar, escucho los últimos pasos de la pluma sobre la hoja.

—¿No hablé muy rápido?

—He trabajado de secretaria, no te apures.

Siento que ambos queremos decir algo más, pero nos es imposible o sabemos que saldría sobrando. Miriam echa un poquito para atrás su asiento y suspira, luego se incorpora para manipular la calefacción y vuelve a recargar la espalda, cruza los brazos y se arrellana.

Lo que sea que haya dicho (porque cada vez que intento recordar con precisión mis palabras, éstas se vuelven más difusas) parece haber dejado en paz a Miriam, tanto o más que a mí, y me pregunto si le alcanzará a aquel hombre de las cartas para seguir con su vida.

Una luz aterciopelada comienza a escurrir de las ventanas, donde el frío formó ligerísimos ríos de cristal; hasta entonces me doy cuenta de cuánto tiempo estuvimos callados. Miriam respira suavemente, la mañana dibuja su rostro de una forma que nunca había visto. Tal vez siente que la observo, porque despierta de pronto. Voltea a mirarme y sonrío, luego se estira y se talla los ojos con el dorso de la mano derecha. Me pregunta si dormí bien.

—No dormí, estuve pensando toda la noche.

—¿No dormiste? Te ves más fresco que yo —me responde al tiempo que mueve el espejo retrovisor para mirarse en él—, ¿quieres ir a desayunar o ya te vas?

—No, te acompaño. También quiero saber cómo salió tu mamá.

—Bien —revisa su reloj y luego trata de dar marcha al auto, que se ha quedado sin batería—, estaba muy tranquila, eso ayuda.

Bajamos y, luego de estirarnos, caminamos hacia el hospital. Una capa casi transparente de neblina nos muerde los pies en el camino, Miriam lanza dos o tres nubecitas de aliento congelado y luego las mira perderse contra la luz que empieza a saltar los edificios.

—Déjame primero pregunto y ahorita vamos a desayunar —me dice apenas entramos al hospital.

Me quedo parado casi junto a la puerta y miro alrededor: el hombre de ayer, a quien vimos en el elevador, está dormido en una de las sillas del área de espera; lleva la misma ropa y en su regazo hay

un ramo de flores entre las que, apenas visible, hay un sobre blanco. Nadie aquí parece estar completamente despierto o dormido.

—Ya —me sobresalto un poco cuando Miriam me toca la espalda—, me dijeron que en dos horas podemos subir a verla.

Vamos al comedor y pedimos sólo té y un jugo para cada uno. Una nueva cadera donde antes había un hueso desgastado, viejo. Quién sabe, a lo mejor como dice la mamá de Miriam (que también se llama Miriam), un día se podrá conseguir hasta un nuevo cuerpo, y lo único que tendrán que hacer los doctores es pasar todos tus recuerdos y emociones a ese nuevo cuerpo, e incluso podrás decirles “éste sí” y “éste no”. A un nivel que a simple vista no se puede apreciar, la herida en la nalga izquierda (o derecha) de la mamá de Miriam ha empezado a cicatrizar. Me imagino carne, fresca, palpitante, y se me debilitan las piernas.

—¿Cuándo le vas a mandar la carta?

Miriam trata de responderme, pero comienza a ahogarse. Le golpeo la espalda y hago que levante los brazos. Cuando parece que ya podrá hablar, empieza a toser de nuevo y me levanto para ayudarla, pero me dice, con un movimiento de manos, que ya está bien, que sólo la espere un momento.

—En cuanto regrese mi mamá a casa, me pongo a redactarla, o a lo mejor hoy que vaya a bañarme y a prepararle el cuarto para cuando regrese.

—¿Crees que se dé cuenta? De la letra, que no es la misma.

—No, no creo. Cuando tienes sed, mucha, mucha sed, y alguien te extiende una botella, ¿te paras a pensar si está hervida o desinfectada?

—Sí, yo sí.

—Bueno, no creo que se dé cuenta. Aunque quién sabe si aún le sirva.

—¿Por qué lo dices?

—Pues la última carta la mandó hace dos meses, a lo mejor ya se resignó a que no le van a contestar y se fue a otro lado. Primero, falta que le llegue, y si le llega, falta que todavía la necesite. Eso.

—Sonaba muy desesperado.

—Pues sí, pero a la vez un poco resignado, ¿no?

Afirmo con la cabeza y me levanto a comprar unas galletas en la máquina expendedora. Miriam observa por los ventanales del comedor cómo la neblina se disuelve en el aire, que cada vez es más dorado por la luz; me pregunto si vuelve a pensar que debió traer su cámara. Detrás de mí, rumbo a la barra, pasa el hombre de ayer en el elevador, lleva el ramo boca abajo: el sobre se desliza y cae a unos pasos de donde estoy, a los pies de una mesa donde dos mujeres conversan. Una de ellas se agacha a recoger el sobre, la otra se levanta y toca en el hombro al sujeto aquel, que voltea a todos lados antes de recoger el sobre que le extienden; actúa como si hubiera tirado algo vergonzoso o prohibido.

—Oye —pregunto a Miriam al volver a la mesa—, y cuando quieren hacer un anuncio de pan y galletas, ¿qué es lo que usan?

—Galletas —contesta Miriam, luego toma del sobre una de las que le ofrezco—, galletas y pan. ¿Qué creías?

—No, nada, pero como dijiste que el helado en realidad es puré de papa pintado con tintura vegetal...

—Ah —se toma unos segundos para terminar de masticar y pasarse el bocado—, pero hay cosas que de plano no se pueden

sustituir. Aparte el helado se derrite. Aunque no lo creas, el puré parece más helado que el helado, al menos así, de lejos.

—Qué curioso.

—Sí —toma otra galleta, y esta vez continúa hablando con la boca llena—, y la cerveza espumosa es agua con tinte amarillo y espuma de jabón.

—¿En serio?

—Todo es lo mismo —agrega cuando termina la galleta, y no sé si se refiere sólo a la publicidad.

Nos levantamos para subir al cuarto piso, donde dijeron que se encuentra la habitación que buscamos; no sé qué hizo Miriam, pero nos dejaron pasar a ambos. En el camino al elevador, vemos pasar a una enfermera con una bolsa azul de plástico entre las manos; me pregunto si ahí viaja la antigua cadera de la mamá de Miriam. Presiono el cuatro y no decimos más; vamos sólo ella y yo en el elevador. Al descender, vemos de inmediato el cuarto que buscamos: está a nuestra derecha. Un enfermero nos indica, desde adentro, que puede pasar sólo una persona a la vez, así que me quedo de pie junto a la puerta. Además, no creo que yo deba pasar, no tiene sentido.

Me recargo en la pared y coloco las manos tras la nuca; fue una noche larga y siento como si hubieran pasado años desde que vi a la mamá de Miriam. Hasta ahora lo noto, pero olvidé avisar a mi papá dónde estaba, aunque a lo mejor ni siquiera se dio cuenta de que no llegué: tal vez ni recuerda que volví por unas semanas a la casa. Le escribo un mensaje, quiero que su teléfono vibre al menos una vez. Vuelvo a cruzar las manos tras la nuca y percibo el sonido de las manecillas de mi reloj; tenía años que no escuchaba unas manecillas. En la vida real, quiero decir, porque en aquella película de

la que habló ayer Miriam, la del corazón, también había un sonido de manecillas.

Camino un poco por el pasillo, apenas unos pasos. Una de las puertas está entreabierta y en la cama reposa un hombre muy blanco; sus manos, sobre la sábana azul, resaltan con claridad: parecen no pertenecer a la escena. A su lado, en un vaso de vidrio, hay flores; las reconozco, son las que llevaba el hombre de ayer, al que vimos en el elevador y a quien volví a ver hoy en la cafetería. La puerta del cuarto donde está la mamá de Miriam se abre, Miriam asoma la cabeza para pedirme que me pase.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿ni modo que quién?

El pasillo está vacío, hasta ahora me doy cuenta. Vuelvo sobre mis pasos y, poco antes de entrar, se abren las puertas del elevador: es el hombre de las flores. Cierro tras de mí la puerta.

—¿Cómo se siente?

El enfermero sale después de recordarnos que la visita debe ser breve, para dejar descansar a la paciente. Quizá Miriam lo convenció de que nos dejara pasar a ambos al mismo tiempo.

—Muy bien, bueno, duele, pero supongo que es normal. ¿En serio te quedaste aquí con Miriam toda la noche?

Cuando le digo que es verdad, aprieta los ojos en un gesto que no logro reconocer ni descifrar.

—Oiga, sé que no es el momento, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

Miriam me observa un tanto extrañada, molesta tal vez. Su madre asiente.

—¿Cómo se hace el sonido de las manecillas de un reloj? Para las películas, quiero decir. De un reloj de pulso o de pared.

—Ah —murmura, como sintiendo alivio—, como en la película del año pasado, ¿te acuerdas, Miriam? —luego voltea hacia mí—. A lo mejor tú también la viste, salió el año pasado.

Digo que sí con la cabeza y después nos quedamos sin pronunciar palabra. Quizá los tres pensamos en la misma cosa al recordar esas manecillas, aunque no lo decimos. O quizá no pensamos en la misma cosa y sólo el silencio nos ata, como un hilo invisible. Tal vez la mamá de Miriam no lo hizo a propósito, pero olvidó contestarme; cuando pienso en preguntar de nuevo, noto que se ha quedado dormida con las manos sobre el regazo. El cuarto huele a desinfectante y a medicina, un aroma que me hace sentir débiles las piernas.

Miriam jala una silla y se sienta junto a su madre, le toma las manos y la besa en ambas mejillas, luego le acerca los labios al oído y comienza a decir algo que no alcanzo a escuchar. Me alejo hacia atrás, despacio, para no interrumpirlas, porque sé que este momento es algo que sólo pertenece a ellas. Me siento en el pequeño sillón al lado de la ventana, en el otro extremo del cuarto, y miro hacia afuera: todo está tan iluminado que resulta increíble que, hace apenas unas horas, la noche reposaba sobre los edificios y las calles.

Encima de una pequeña mesita, alguien, quizá el enfermero que salió hace unos momentos, ha olvidado algunos instrumentos quirúrgicos: unas pinzas y unas tijeras. Miriam sigue diciendo cosas al oído de su madre, quien está tan quieta que podría pasar por un cuerpo inanimado. Si esto fuera la escena inicial de una película, uno no sabría si Miriam se despide de un muerto o consuela a un enfermo. Tomo unas tijeras y comienzo a jugar con ellas; hago



como que corto el aire frente a mis ojos y luego las vuelvo a colocar en su sitio. El sonido que hacen al chocar con las pinzas me resulta conocido. Vuelvo a levantarlas y esta vez también tomo las pinzas, luego las golpeo unas contra otras, ligeramente, al lado de mi oído.

Tic, tac, tic, tac.

Miriam sigue hablándole a su madre cuando cierro los ojos sin dejar de golpear junto a mi oído.

Tic, tac, tic, tac.

El sonido es idéntico al de aquella película, al de las manecillas de mi reloj, al de los relojes de todo el mundo. Sé que, si algún día llegara a pasar lo que la mamá de Miriam sospecha y la ciencia logra hacer réplicas de cada parte del cuerpo humano, así sonarán los corazones.

Tic, tac, tic, tac.

Y ya no tengo dudas: estoy escuchando pasar el tiempo. Cada golpe, cada latido, es el sonido de un paso, un paso a no sé dónde, pero me gusta sentir que avanzo, que muchas cosas quedan atrás, que a mis espaldas dejo algo y no sé qué es. Tic, tac, tic, tac.

## Alana Piedad

Todo esto es Tiempo arrasado.

Yes I am waiting  
in silence throne  
to fill the meetings  
to strike me down...

THE SMASHING PUMPKINS  
“Waiting”

El anuncio se me hizo más bien triste, quizá porque lo habían colocado en un poste de luz. Pero al parecer era cierto: Alana Piedad se presentaba en la ciudad, en un foro cuyo nombre se limitaba a una descripción: “el que está arriba del consultorio dental”. Leí con cuidado, dos veces: realmente era ella y se presentaría en la ciudad. Su nombre estaba escrito en letras muy pequeñas bajo el nombre de otro grupo que no conocía.

Alana Piedad se dio a conocer cuando niña, en un *show* televisivo donde había concursos, bailes, bromas telefónicas y todas esas cosas que distraen a las familias los domingos por la mañana. Ahí, ella era Pequeña Estrella. No sabía que hubiese seguido en el medio después de la cancelación de Mundo Magia. Yo era un niño entonces, y Alana o Pequeña Estrella, también, sólo que cada uno estaba de su lado de la pantalla, haciendo cosas que quizá no entendíamos o ni siquiera nos cuestionábamos. Una vez, lo confieso, le escribí una carta.

El *show* salió del aire hacia finales de su cuarto año, con un programa especial que duró poco más de lo normal. El conductor, cuyo nombre y rostro son un papel mojado que se rompe un poco más cada que lo sacudo, dijo algo sobre volver al lugar de donde habían venido él y Pequeña Estrella (¿alguna vez hablaron de su lugar de origen?) y que deseaban que todos los que habíamos visto y seguido el programa fuéramos felices. Hubo muchos premios, un *sketch* especial y luego el programa dio paso a una película. No volví a saber nada de ello, hasta que, de camino al trabajo, vi el anuncio.

Al principio pensé que se trataba de una broma, pero la fama de Alana Piedad no daba para tanto, no daba para que alguien gastara tiempo y dinero en burlarse de ella así. Además, una broma sólo es graciosa cuando se sabe de quién se burla uno. Al llegar a la oficina, lo primero que hice fue buscar en internet. Efectivamente, Alana Piedad tenía una *fan page*, con muy pocos seguidores, y en ella estaban las fechas y lugares de la gira que había emprendido apenas un par de meses atrás; el evento que vi en el poste de luz era cierto. El precio de entrada era ridículamente bajo y decía que los lugares eran limitados. Llamé al teléfono que pusieron en la página y reservé dos lugares.

El resto del día busqué videos de Mundo Magia en internet: los pocos que había eran de bajísima calidad. Después volví a la *fan page* de Alana Piedad y miré su foto: cara larga, cabello rizado y un mentón más afilado de como lo recordaba. Se veía distinta, vieja, y me costó creer que alguna vez estuve enamorado de ella, cuando niño. Pero, para ser sinceros, supongo que yo tampoco había cambiado para bien.

Salí temprano del trabajo para alcanzar un buen sitio en el pequeño foro-bar donde se presentaría. El lugar estaba cerca de la oficina, así que llegué antes de tiempo y me puse a buscar más cosas sobre ella en el celular, parado en una fila donde yo era el único. Alana Piedad había cursado música en alguna escuela cuyo nombre se anunciaba como importante, pero que yo nunca había escuchado; su especialidad era la guitarra. Había prestado su voz para un par de películas que no recordaba haber visto y, ocasionalmente, acompañaba a bandas de rock nacional cuyos nombres tampoco me resultaban familiares. Lo que más encontré de ella fue su participación en Mundo Magia, de 1986 a 1990. Me sorprendí de que sólo hubiera estado al aire cuatro años, creía recordar que fueron más, pero los recuerdos se estiran al paso del tiempo, las cosas nunca se rememoran con claridad.

Cuando dieron las siete, abrieron las puertas del lugar. Detrás de mí sólo había seis u ocho personas, números pares, claro, y todos ellos mucho más jóvenes que Alana y yo. Me di cuenta de que quizá yo era el único que estaba ahí para verla; el resto sólo subiría a beber unos tragos antes de ir a casa; la música que estuviera de fondo no importaba, siempre y cuando permitiera conversar sin la necesidad de gritar demasiado. Podía ser una rocola con los mismos temas de siempre, un baterista ciego o una mujer que alguna vez fue estrella

de la televisión. Daba igual. Pero no silencio: el silencio puede no ser la mejor música de fondo cuando lo que dices no significa mucho.

Al subir las escaleras, un hombre me pidió mis boletos. Le expliqué que había reservado por teléfono, entonces preguntó mi nombre y se lo extendí, junto a un billete.

—Aquí dice que son dos —su voz era cansada y las palabras, así, sonaban como no queriendo existir.

—Espero a alguien —mentí, y pareció no importarle del todo.

Las luces se tornaban más débiles conforme avanzaba por el pasillo, y un olor a humedad y sudor seco corría rumbo a la salida. Diez, quizá doce mesas redondas, fabricadas con un barril sobre el que habían colocado una rueda de carreta y un cristal grueso, estaban esparcidas por el lugar. Me senté donde una mujer joven me indicó; luego de pasar un trapo por la mesa, me preguntó qué deseaba tomar.

—Los boletos de entrada incluyen una bebida. Nacional —aclaró con monotonía, luego sacó una carta enmucada de su delantal y la colocó en la mesa, frente a mí—, ¿vas a ordenar o quieres que te dé un par de minutos?

Le contesté que deseaba esperar, di las gracias y saqué mi teléfono para alumbrar la carta. A pesar de que éramos pocas personas en el lugar, una capa de sudor condensado se formaba en el techo, que no se alcanzaba a apreciar a través de la oscuridad (lo supe porque una gota cayó en el centro de la mesa), así que lo ideal hubiera sido tomar cerveza, pero pedí un tequila y un vodka.

El lugar tardó diez, quizá veinte minutos en llenarse, pero lo hizo. Un par de hombres de aspecto cansado revisaban el audio y las luces del escenario, las meseras daban vueltas de la barra a las mesas,

siempre con cubetas de lámina llenas de cervezas. El murmullo de decenas de conversaciones me llegaba como entre brumas, aquí y allá se veían puntas encendidas de cigarrillos, a pesar de los letreros de no fumar. Frente a mí, en la mesa, rodeados por un servilletero sucio y un plato con rodajas de limón amarillentas, un tequila y un vodka ahora aguardaban. Un hombre, del que no pude distinguir más que la voz y la estatura, me preguntó si podía tomar la silla vacía a mi lado. Le contesté que esperaba a alguien y dijo algo que no alcancé a escuchar, luego se alejó.

De las enormes bocinas, una a cada lado del escenario, se escuchó una canción que no escuchaba desde la adolescencia. Sentí que me hundía lentamente en el tiempo, que de pronto no existía nada que no fuera ese lugar y los recuerdos. Pensé que la vista y el cuerpo están sobrevalorados, que los verdaderos viajes hacia el pasado se hacen a través del oído, pero pocas veces nos damos cuenta. Esa canción era de mis recuerdos auditivos más antiguos, aunque no era capaz de precisar si pertenecía a un tiempo simultáneo al del *show* donde había conocido a Alana o si era antes o después de eso. Es que en el pasado nada tiene orden: es un cuarto bajo la escalera, una bodeguita húmeda, un almacén donde ya no funciona la luz y lo mismo encuentras tu primer triciclo o el vestido de novia de tu madre, la playera donde todos los compañeros de la primaria anotaron sus buenos deseos o el uniforme de las clases de karate, a las que nunca más volviste.

—¿Te sirvo algo más? —preguntó una camarera distinta a la primera, pero al notar los vasos llenos se alejó un tanto molesta, o quizá sólo de prisa, no sé.

La música cesó después de unos minutos, las pocas luces que estaban en las paredes se apagaron para concentrarse en el escenario: nada se crea ni se destruye, sólo se cambia de lugar y ahí se vuelve viejo. Un pitido molesto escapó de las bocinas y alguien corrió a manipular la consola de audio, luego se escucharon unos pasos sobre la tarima y vi a una mujer alta aparecer en el escenario. La reconocí a pesar de que lucía más delgada que en su página de internet, pero la verdad es que la estaba reconociendo de antes, no de esa imagen que ahora tenía frente a mí: debajo del cabello rizado, del maquillaje más bien pálido y las ojeras que daban más hondura a la mirada, estaba la niña a la que cada domingo veía en la tele. Una pequeña estrella en la mitad de la noche del escenario.

El mismo hombre que arregló el problema del audio le acercó una silla. Alana tomó asiento y colocó la guitarra sobre sus piernas, pasó los dedos sobre el brazo del instrumento (como si acariciara un gato que durmiera sobre su regazo), puso los dedos sobre las cuerdas y el sonido comenzó a fluir. Al terminar la primera canción, que me pareció mala, dio las gracias a los asistentes y anunció el nombre de su siguiente pieza, la que, según ella, estaba contenida en su próximo álbum.

La segunda y la tercera canción fueron similares, aunque la cuarta presentó un cambio radical de ritmo, lo que logró despertar un poco a los distraídos y le quitó un par de respuestas a algunas conversaciones. En un par de versos lograba decir cosas que se salían de lo común, aunque el grueso de sus letras versaba sobre viajes a lugares ignotos, carros viejos y veloces, mujeres que se iban para no volver nunca ni mandar cartas.

Después de seis o siete piezas, Alana anunció una pausa, aunque a nadie pareció importarle y algunos quizá hasta sintieron alivio. Una de las camareras aprovechó que encendieron las luces para revisar si nadie había roto algún envase o vomitado a los pies de la mesa. Yo bebí el vodka de un solo trago e inmediatamente después vacié el tequila. Un latigazo metálico, seco, me cortó la boca y la garganta, cautericé la herida con dos limones y sal. Me levanté al baño, de camino le pedí a una camarera que me llevara a la mesa otro vodka y otro tequila.

En el baño colgaban pinturas que nadie se había atrevido a firmar, en las paredes había nombres junto a los que alguien, después, había colocado, a veces con tinta de otro color, obscenidades o números telefónicos. Sobre el mingitorio, empotrado en una pared de tabique rojo, había un espejo cuarteado; me acordé de esa película donde alguien con el rostro deforme se mira en un bar a mitad de la borrachera, pero no me pude acordar del nombre.

Al volver a la mesa, una tercera camarera me esperaba, los vasos estaban llenos y el plato de cacahuates era otro, a pesar de que ni siquiera había tocado los anteriores. Me pidió de favor que pagara los tragos, ya que ahí no se manejaban por cuenta, y agregó, a manera de disculpa, que cuando alguien se escapaba sin pagar, entre todas tenían que reponer lo faltante, sin importar quién había atendido la mesa.

—No te preocupes —respondí, pero pareció no importarle. Tomó el billete y regresó casi de inmediato con mi cambio.

Las luces se volvieron a apagar y alguien gritó emocionado, aunque las risas me hicieron saber que aquello había sido más bien una burla; me pregunté si a Alana ese tipo de cosas le afectarían, aunque



luego me dije, a manera de consuelo, que alguien que se crio en el ámbito televisivo no podía sentir sorpresa, coraje o dolor por algo tan sencillo y en realidad tan trivial. Volteé hacia donde estaba y la vi moverse en la oscuridad del escenario, ligeramente encorvada. Las luces se reavivaron y Alana apareció con un chelo entre las piernas. Alguien más lanzó un grito agudo y luego aplaudió escandalosamente, aunque esta vez la broma no tuvo el mismo efecto.

La música comenzó. La pieza, al igual que las que le siguieron, me pareció mucho más bella que las anteriores, a pesar de que a mí la música sin voz me desespera un poco y tiende a ponerme triste. Casi nadie aplaudía. Después de un par de piezas más, Alana se puso de pie, dio las gracias con una reverencia y bajó del escenario. En su caminar, en sus notas y en la forma en que reverenció, se adivinaba una sólida formación musical e histriónica. La imaginé como esas niñas a quienes sus padres llevan a lecciones de piano los domingos por la mañana, a casa de una viuda que en otros tiempos fue feliz y millonaria. A veces me imagino cosas como las de la televisión; a lo mejor por eso estaba ahí, viendo lo que quedaba de Pequeña Estrella, como si esperara un final sorprendente o por lo menos fuera de lo común, algo que me dijera que no todos los lunes acaban siempre igual, que un día te llega ese momento en el que la vida cambia para siempre y dejas de ser una cifra y dos apellidos en la nómina.

Llamé a la mesera con la mano y cuando se acercó le pedí otro vodka y otro tequila. Me miró un poco raro al ver los vasos llenos.

—Para ella —le dije a manera de explicación, mientras sacaba un billete y se lo extendía—, para Alana.

La camarera tomó el billete y fue hacia el área de servicio, se inclinó hacia adelante y colocó la boca cerca del oído del barman,

quien también se estiró sobre la barra, luego señaló a Alana y quizá en ese momento señaló mi mesa, porque el hombre tras la barra volteó a mirarme. La camarera volvió con mi cambio y me preguntó si se me ofrecía algo más, luego giró sobre los talones hasta quedar de frente a los clientes de otra mesa.

Alana, de pie junto a la barra, bebía un vaso con lo que parecía ser agua mientras se secaba el sudor con las servilletas que alguien le había acercado. Cuando terminó de beber, comenzó a guardar sus instrumentos; parecía a punto de irse. En ese momento el barman se acercó a ella, con un vaso en cada mano, y señaló hacia donde yo estaba. Alana le dijo algo al oído, tal vez no por secreto, sino por la música que se desbordaba a todo volumen por el lugar, luego tomó los dos vasos, uno en cada mano, y caminó hacia mí.

—Muchas gracias —se sentó sin pedir permiso y puso los vasos sobre la mesa. Luego suspiró como si lo que fuera a decir entrara en la categoría de lo desagradable o prohibido—, es un muy, muy buen gesto.

—Hola, Alana —le extendí la mano, sobre la mesa; casi tiro el servilletero—, no hay nada que agradecer.

Habían pasado más de veinte años, pero por fin le estaba dando la mano, por fin la tenía de frente. Siempre hay una sensación de extrañeza en esos casos, cuando conoces por fin a alguien a quien sólo habías visto en fotos o en la televisión. Siempre. Tenía los dedos muy duros y largos y su apretón era demasiado firme.

Después de un par de minutos (o tal vez fueron segundos, la oscuridad es como lodo donde el tiempo se atora y no avanza con normalidad) nuestras miradas, que hasta ese momento flotaban por el lugar, se estrellaron en el aire y cayeron hechas piedra al centro de la

mesa. Parecimos a punto de decir algo y acabamos por pronunciar al mismo tiempo el silencio.

—Esa canción —dije—, esa de la mujer que nunca vuelve...

—¿Qué hay con esa canción? —interrumpió escéptica.

—Me gusta.

Mentir no se me daba bien, pero quizá a ella descubrir quién mentía tampoco se le facilitaba, porque sonrió.

—A mí también —calló un momento, se llevó el vaso de vodka a los labios y lo vació de un golpe—, a mí también.

Creí que estaba a punto de explicar por qué esa canción era de sus favoritas, y que después vendría una de esas largas e inentendibles explicaciones sobre el alma de una obra y su creación, pero no dijo nada más. Se bebió el tequila de un golpe y creí que iba a decir algo, pero seguimos callados.

—¿Quieres otra cosa?

Pareció dudar por un instante, pero con un movimiento de cabeza dijo que sí. Vino la mesera, la segunda que me había atendido; se llevó los vasos y trajo unos llenos (creo que eran los mismos, porque el borde se notaba grasoso). Chocamos los vasos en el aire, al centro, con delicadeza.

—¿Y por qué los tragos?

—Quería platicar un poco contigo.

—Pues no estamos platicando mucho.

—Sí, en eso tienes razón —al parecer creyó que diría algo más, porque se me quedó mirando, pero terminé por voltear la mirada.

—Somos casi de la edad. No te había visto antes.

El hecho de que pudiera reconocer a cada uno de sus seguidores me pareció un poco triste; no mucha gente debía ir a sus conciertos.

Alana Piedad debía estar acostumbrada a tocar para sí misma, pero rodeada de personas. No tocaba para ellas, como creo que deben hacer los profesionales, aunque no es que yo lo sepa con exactitud: cualquier cosa que yo pueda decir sobre música serían más bien ideas extraídas de las películas o las revistas que lees mientras esperas a que te corten el cabello. Comenzó a sonar la misma canción de un momento atrás, la que me ligaba a mi infancia, y creí notar en el rostro de Alana que ella también la reconocía. Nos volvimos a quedar callados.

—Viniste por el programa, ¿verdad?

Me lo preguntó con tono amargo, de aceptado fracaso, aunque en ello no parecía haber tristeza: el gesto que tiene alguien que no ve en la derrota un final, sino una especie de destino particular, una misión suicida y kamikaze contra la vida, y que no tiene más ganas de pelear porque se ha conformado con el camino que le tocó.

—No, en realidad no —mentí.

—No me preguntaste de qué programa hablaba.

No supe qué contestar, lo único que se me ocurrió fue vaciar de golpe uno de mis vasos. Una tibieza me resbaló por la garganta, luego sentí las orejas calientes y aterciopeladas. Me enamoré por un segundo de Alana y al siguiente se me olvidó.

Me miró inquisidora, levantó su dedo índice derecho y dibujó pequeñísimos círculos con él, a la altura de mi nariz, para después tocar un botón inexistente en el aire.

—Vienes por lo del programa —se echó hacia atrás en la silla y se acomodó el cabello.

—¿Qué programa? —pregunté con perfecto tono de sorpresa y desconcierto, aunque, como todas las cosas necesarias, esas

palabras llegaban un par de segundos tarde, cuando ya eran inútiles—, no sé de qué me hablas.

Arqueó las cejas, me miró fijamente, luego puso el vaso sobre sus labios y se bebió el contenido de un golpe; a través del fondo de cristal me siguió mirando.

—Bueno —azotó el vaso sobre la mesa, lo que produjo un sonido como de aplauso de cristal—, muchas gracias por los tragos.

Se levantó y latigó el cuello para echarse el pelo a la espalda.

—Y por venir —agregó.

—¿Tienes algo que hacer?

La forma en que lo dije pareció sorprenderla. Quizá no era como lo esperaba, pero pareció agradarle la pregunta que, en realidad, era invitación.

—Mañana salgo temprano para otra ciudad —aunque entendí perfectamente las palabras, me pareció que en realidad decía “yo no me enamoro”.

Caminó a la barra, le indicó algo al tipo que servía los tragos y luego puso un beso sobre la mano derecha, que desgranó en el aire, como si alimentara palomas.

—Vámonos —dijo al pasar junto a mí, rumbo a la salida.

El aire de la calle se sintió fresco, liberador. Los oídos me zumbaban y entonces me di cuenta de lo alta que en realidad estaba la música. Uno de los anuncios del concierto aleteaba en un poste de teléfono, sostenido sólo de una ligerísima tira de cinta adhesiva. No fue sino hasta que echamos a andar juntos que me di cuenta de lo alta que era Alana. Avanzamos un par de calles sin pronunciar palabra. Aunque no dijimos nada, parecía que sabíamos exactamente a dónde vaciar los pasos.

—¿Tú sabías que los osos polares a veces se comen a sus crías?

La vitrina de una tienda departamental cerrada, que aún tenía las luces encendidas, dejaba ver los adornos navideños. El blanco del papel con el que habían forrado los anaqueles simulaba a la perfección los paisajes helados que se ven en la tele.

—No, no sabía —contestó—, pero ahora ya lo sé.

Seguimos caminando un par de calles más, sin decir nada. Pensé que si alguien un día recordara esto, o lo dibujara, tendría que hacerlo en blanco y negro. Quizá eso éramos Alana y yo en ese momento, un trozo de película a blanco y negro que alguien, en otro mundo, en otra realidad, veía con atención, esperando el momento en que nos besáramos o una ligerísima nieve comenzara a caer.

—Sí te conozco del programa —confesé más adelante, mientras esperábamos el siga a orillas de una de las avenidas principales.

—¿Por qué no me sorprende? —contestó mientras ponía un pie en la calle. Las luces traseras de los autos que se iban me recordaron a los cigarrillos en medio de la oscuridad de allá, en el bar.

—Pero espero que no hayas estado enamorado de mí —agregó mientras pasábamos junto a un grupo de trabajadores que excavaban alrededor de un bache.

Lo decía como si fuera lo más natural. Quizá la mía no fue la única carta que recibió, y entonces sabía que muchos niños se enamoraron de Pequeña Estrella, en un acto que más que infantil resultaba patético. Recordaba la carta a la perfección: en ella decía cosas que prefiero pensar que no pasaron nunca. Nada vergonzoso, ni muy personal, pero sí estúpido.

—No, no que yo me acuerde —mentí, y esta vez mi tono fue más natural, o al menos eso me pareció.

—Muchos lo estaban. Bueno, lo estaban de Pequeña Estrella —murmuró, y luego arrojó aire por la nariz, medio burlona y medio divertida—, lo malo es que había gente que de verdad me llegó a confundir con el personaje. Quiero decir, era eso, un personaje. Si el programa hubiera continuado y yo hubiera crecido demasiado, hubieran puesto a alguien más. Como estas películas donde usan perros o cerdos, ¿sabes?, y que necesitan muchos porque el original crece demasiado a prisa y ya no se parece al personaje.

Me pareció poco afortunado que hablara de cerdos y perros al referirse a sí misma, pero también supe que quizá era su manera de quitarse el recuerdo, de lavarse el maquillaje que se le metió por la piel y le llegó a la vida, la vida privada. A lo mejor, no sé, alguna vez ella misma se descubrió siendo Pequeña Estrella y no Alana Piedad, un día, un segundo, acaso, y le pareció demasiado estúpido y no hallaba cómo explicarlo.

—¿Y cómo era?

—¿Qué?

—Eso —respondí.

Nos sentamos en una banca donde alguien había dejado una bolsa de papel como las que se usan para las hamburguesas.

—Ser una estrella de la televisión —agregué.

—¿Tú cómo crees que sea?

No esperaba que me cuestionara al respecto. Busqué dentro de mí, pero no hallé ninguna idea, nada que pudiera decirle. Alana me miraba fijamente, en sus ojos creí adivinar un poco de curiosidad honesta.

—No sé —encogí los hombros—, a lo mejor es bonito, ¿no?

—Sí, sí lo es, pero eso es todo. Bonito.

La palabra, en sus labios, parecía insulto.

—No es como lo que muchos se imaginan, y cuando digo esto quiero decir que no es el paraíso que muchos creen.

No conocía a nadie que considerara que trabajar en televisión era un paraíso, me pareció muy raro que lo dijera.

—Pero tampoco era lo opuesto, ya sabes, como esos programas donde hablan de abuso infantil, drogas y vidas duras. Mi hermano menor trabajaba los fines de semana como empacador en una de esas tiendas —volteé para mirar qué señalaba: del otro lado de la avenida vi un centro comercial—, y yo salía en la televisión. Así de sencillo.

Hablaba como si tratara de convencerme, pero en realidad pensé que a quien pretendía convencer era a ella misma.

—Atrás de esa tienda —dije después de un momento de silencio, que Alana aprovechó para contestar una brevísima llamada y apagar su teléfono—, una vez, hace mucho, por poco te conozco.

Alana puso la vista a donde le señalaba, como si sus ojos, además de grandes y expresivos, tuvieran la capacidad de mirar a través de las cosas. Sus labios se entreabrieron lentamente y me imaginé a las flores cuando se abren, en esos documentales donde una cámara registra días, semanas, meses de un evento y te lo muestran acelerado mil, dos mil, tres mil veces, y entonces crees comprender un poco más la vida.

—Un estadio, unas canchas de básquetbol o algo así, ¿verdad? —dijo, y sus palabras parecían llegar desde el pasado.

—Sí, era un evento del Día del Niño. Mis padres me llevaron. Lo patrocinaba una empresa que vendía polvos para preparar agua de sabor: un boleto por cada no sé cuántos sobres, creo que bebimos agua de piña como dos meses, pero pudimos entrar.



Se sonrojó. Quizá le pareció halagador, pero a mí me sonó triste mi recuerdo y pensé no volver a decirlo.

—¿Y nunca participaste en el programa? Digo, si tanto deseabas conocerme... conocer a Pequeña Estrella.

—No, y mis papás me insistieron para que fuera.

—Pero sí fuiste al evento en ese lugar, ese que está allá atrás.

La situación le parecía ridícula, su tono de voz me lo dejaba saber. Su gesto también.

—No era lo mismo. Ahí no había concursos.

Volvió a mirarme, como si no comprendiera nada de lo que le decía y todo aquello le pareciera de lo más estúpido.

—Me daba pena perder enfrente de ti —su mirada se recargó un poco más sobre mi cara.

—¿De mí?

—Sí, de ti, de ti, no del personaje: enfrente de ti, de esa que estaba bajo el atuendo. Y en realidad sólo quería que me firmaras una fotografía tuya, entonces como que no tenía mucho caso participar.

—Una fotografía firmada...

—Bueno, la verdad... —tragué saliva, pero decidí no matizar las cosas, al menos no frente a ella— quería verte de cerca y darte la mano.

Me quedé callado al darme cuenta de que estaba dando demasiada información; de repente pensé que otra noche, en otra ciudad, alguien más la invitaría a caminar y ella le contaría la historia de un imbécil que se enamoró del personaje que interpretó cuando niña; o peor aún, que alguna vez compondría una canción sobre un hombre patético que va a buscar algo que perdió en la infancia, y que lo único que se había amarrado a la cintura, antes de arrojar a la memoria, era el rostro de un personaje que sólo él recordaba. Me pareció que

decirle que me había enamorado de ella, o al menos que había sentido algo que yo creía que era amor, habría sido innecesario y tonto.

—¿Y sí te firmé la fotografía?

—No, nos fuimos antes de que salieras, tardaste mucho, dos horas o algo así, aunque a lo mejor me acuerdo mal y el retraso fue poco, sólo que en ese entonces lo sentí como muchas horas.

—Ah, sí, ya me acordé. No, esa vez no salí al escenario, pero qué bueno que no me viste: se te hubiera roto la ilusión. Siempre me acuerdo de ese día, pero hasta hoy nadie me lo había reclamado.

—No te estoy reclamando.

—Bueno, mejor que no me viste ese día. En serio.

—Sí, me lo perdí.

—Aquí nadie pierde —respondió, y tardé un par de segundos en recordar que era la frase que Pequeña Estrella decía al entregar un premio de consolación.

Sacó de la bolsa uno de los papeles donde se anunciaba su concierto y luego se palpó las bolsas del abrigo hasta encontrar una pluma. “Voltéate”, me dijo al notar que miraba el papel recargado en su pierna izquierda, cruzada sobre la derecha, en el que garabateaba algo que no pude ver debido a la oscuridad del parque.

—Toma —me dijo mientras se levantaba—, tarde, pero llegó.

Iluminé la hoja con la luz de mi celular: al final de lo que había escrito dibujó tres estrellas. Quizá era el primer autógrafo que daba en años bajo la identidad de Pequeña Estrella, o quizá tanto ella como yo no habíamos podido sacudirnos nunca esos años de encima y en el fondo seguíamos siendo un par de niños, cada uno en una orilla del río del tiempo, de la televisión, y aquello no era más que un inútil intento de pretender que éramos otros; mejor dicho, que todavía

éramos los mismos, que los mejores días aún estaban por llegar. Un esfuerzo inútil por fingir que la vida continúa, por tratar de olvidar que un día todo termina y apenas te das cuenta.

Echó a andar hacia la avenida y yo la seguí. A pesar de que el semáforo estaba en verde para los autos, ya había pocos en la calle porque era casi medianoche, así que esquivamos los que circulaban y rodeamos la plaza comercial que le había señalado. Las luces del deportivo (me sorprendió que siguiera ahí) estaban apagadas, y la que dejaba caer la lámpara de la calle se partía en líneas contra el enrejado.

—Esa vez, antes de entrar —Alana hablaba hacia el edificio, la cara hacia arriba, su nariz dividiendo en dos la noche—, estuve a punto de renunciar, de jamás volver. Por eso no me viste, bueno, nadie, porque no salí a dar el espectáculo.

Se acercó al candado y probó moverlo con la mano; fue inútil. El óxido en la cadena y la cerradura indicaba que quizá el lugar ya no funcionaba, aunque los carteles que colgaban afuera se veían en buen estado.

—Me encerré en el baño —seguía probando la cerradura y a veces volteaba hacia arriba— y tuvieron que obligarme a salir. No con fuerza, pero vinieron a hablar conmigo. No quería seguir, de pronto se me hizo estúpido y lo único que se me ocurrió fue encerrarme: no me importó si alguien esperaba verme. Disculpame.

Puso un pie en la reja mientras hablaba.

—Y —su voz sonaba rara debido al esfuerzo de escalar— a lo mejor a mí también se me perdió algo allá adentro. En ese baño, no en ningún otro lugar. Y no sé, a lo mejor también para mí llegó el momento de ir y buscarlo, con suerte sigue ahí.

Por fin conseguí llegar al otro lado y me miró a través de la reja.

—Ven, vamos.

Sentí que estábamos en una cárcel, que uno de los dos, el otro, visitaba al otro. Si antes estuvimos en lados opuestos, cada uno en un extremo de la televisión, ahora estábamos separados por la oscuridad y una reja. Y si esto es una cárcel, pensé, ¿quién está adentro y quién está afuera?, ¿y quién vigila que no escapemos? Mas aun, en caso de poder escapar, ¿a dónde correríamos? Tal vez, como esos pájaros que llevan mucho tiempo encerrados, al ver la puerta abierta lo único que podríamos hacer sería arrinconarnos contra la pared.

La vi avanzar hacia la oscuridad, sus pasos sonaban cada vez más lejos y la sombra que proyectaba en la luz se encogía poco a poco. Más y más lejanos, como si un corazón comenzara a apagarse.

—Ven, vamos —la escuché gritar de nuevo, y no pude distinguir de qué lugar venía su voz.

Volteé a todos lados, temía que nos fueran a arrestar por invadir el deportivo abandonado. Me pregunté qué hacía ahí y de pronto me pareció estar soñando. Sin embargo, ahí, en una de las bolsas de mi chamarra, estaba el papel que Alana me firmó. De un lado estaba anunciado su concierto, del otro estaba la firma que me había regalado, un trozo del pasado que había ido a buscar esa noche; el aquí y ahora, y esos años separados sólo por el filo de una hoja, tal y como ahora nos separaba una reja y una delgada línea de luz.

—Alana —llamé a través de los barrotes, pero el grito se perdió entre los callejones que formaban la oscuridad y la luz que se metía por la reja—, deberíamos irnos. No creo que nos dejen estar aquí.

Quizá no me escuchaba porque en realidad estaba metida en otros años, no en una construcción vieja. Tal vez estaba en lo que

había sido el baño, acurrucada contra la puerta (si es que aún había puerta) como aquella vez, mientras yo la esperaba afuera, con la cara pegada a la reja. Como aquella vez.

Di un paso hacia atrás, luego otro, hasta tropezar con el filo de la banqueta, me di la vuelta y empecé a caminar más rápido. Allá adentro, en la oscuridad, Alana corría a encontrarse con algo que dejó atrás, justo como yo había hecho esa misma tarde cuando vi anunciado su concierto. Después de avanzar mucho, de sacarme todo el aire que llevaba en los pulmones, recordé que ahí, apretada en la mano derecha, llevaba la hoja que me había autografiado. La puse a la luz y comencé a leer; aunque al principio no pude creerlo (lo leí dos veces), de verdad había escrito eso. No pude terminar de leerlo una tercera vez porque eché a correr de regreso al deportivo: sabía que esta vez necesitaba volver, que ahora no podía irme sin ver a Alana en ese lugar.

# Índice

- 11 ¿Por qué estamos hablando del perro?
- 31 Terapia grupal
- 69 Alana Piedad





*Foley*, de Aldo Rosales

Velázquez, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta, Mariana Aguilar Mejía y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.











